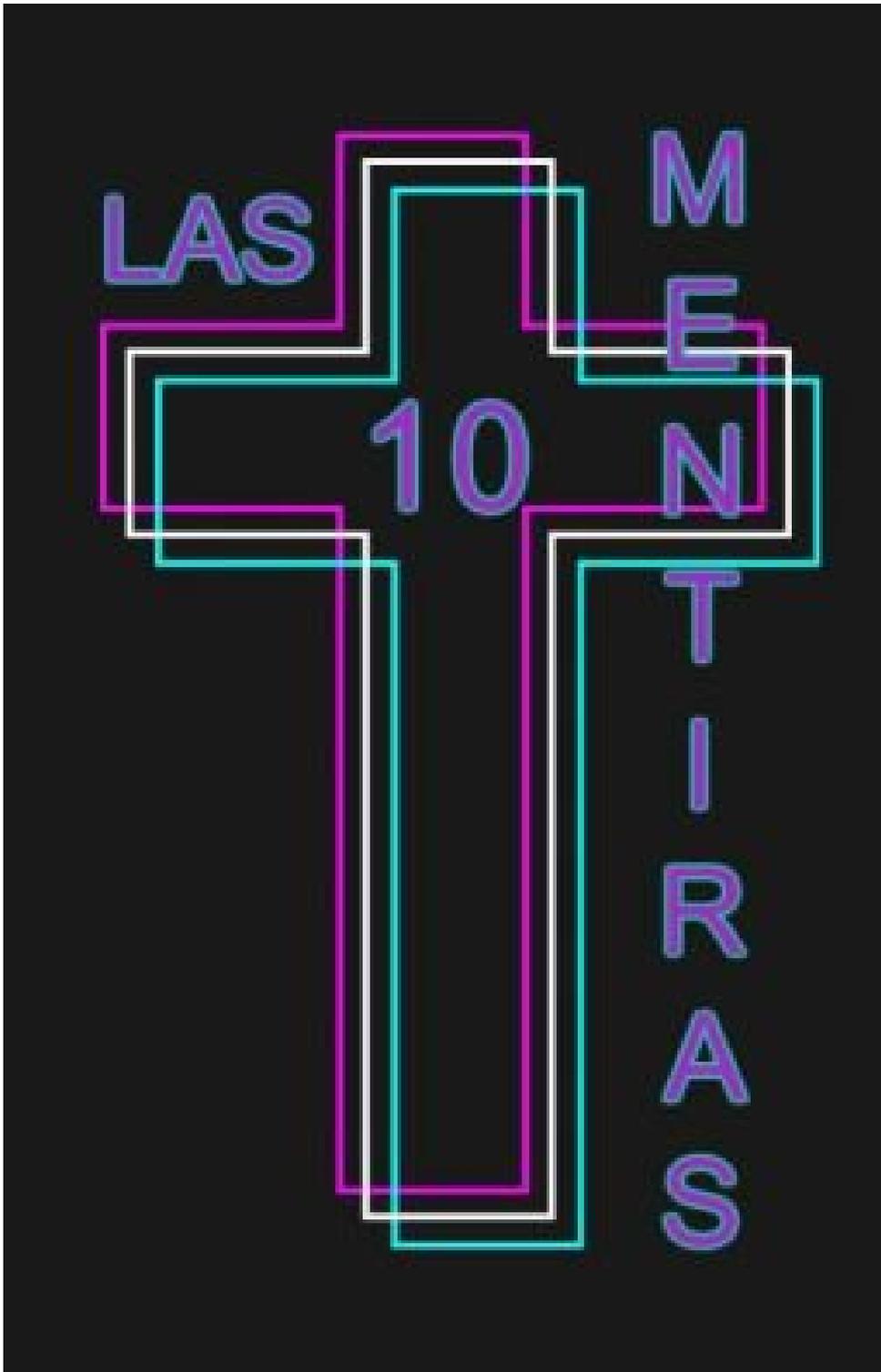


# Las diez mentiras

Diother Lu



## Capítulo 1

Si estás perdido no mires arriba, tu camino está hacia delante.

Corro con esmero a través del pueblo, la luna en el cielo iluminando mi camino hacia la iglesia donde vivo con Dios; las luces de los hogares ya extinguidas por la cercanía de la medianoche. El olor a madera inunda mis fosas nasales al inspirar con violencia y me siento ahora más sosegado, en casa. No soy muy amado en el pueblo, de hecho, no soy considerado ni del pueblo, pero sin embargo rezo por sus habitantes cada noche y día, en mis misas solitarias de los domingos y en mis plegarias para los dulces sueños.

1

Cuando mis ojos dejan de ver casas y se extienden a lo alto de un pequeño valle hallan su panacea al ver los pórticos lejanos y maltrechos de la iglesia. Si sigo con mi carrera abriré las puertas en un cuarto de hora y tendré tiempo de hacer la misa antes de que el Domingo acabe.

Empujo las puertas con el corazón latiéndome en la garganta y el pecho encogido por la congoja. Es la primera vez que estoy tan cerca de defraudar Dios (a una hora y seis minutos, exactamente), pero intento perdonarme a mí mismo diciendo que la ocasión vale el riesgo. Cuando la llamada sonó esta mañana simplemente dejé el vino y el pan y corrí a por el coche, sin pensar en cuantas horas de viaje hasta la ciudad y desde ella me llevaría ir y regresar. Pero da igual, ahora todo está bien. Aunque sutilmente, parece que Dios me guiña un ojo desde el cielo con el parpadeo de las estrellas. Mi señor jamás me da la espalda, pero nunca me da de más; él es justo y comprende que el sufrimiento forja espíritus templados.

Cierro la puerta sintiendo a mis espaldas el frío del lugar, esta mañana olvidé por completo encender las velas.

Mi vista choca en los asientos, tan comúnmente vacíos, y me tapo la boca con las manos para acallar una exclamación de sorpresa.

Casi a medianoche, en una iglesia repudiada por un pueblo de ateos y pecadores, hay un joven sentado entre las filas. Un joven más que devoto parece merecedor de arder con solo pisar la casa de Dios. Pero no me dejo engañar por las apariencias y sacudiendo mis prejuicios fuera de mi mente me acerco a él con cautela.

—Jovencito, ¿Está usted bien? —pregunto preocupado, viendo como tiene los pies, embutidos en botas de cuero, apoyados sobre el respaldo de una de las sillas y la cabeza cayendo hacia atrás en sus hombros, con los ojos

cerrados.

El pelirrojo abre los ojos sin sorpresa alguna y siento que su mirada esmeralda se clava hondamente en mi pecho. Algo me oprime y me obliga a dar un paso atrás, como un gesto inercial, pero el aura extraña que me ha impulsado a moverme con miedo se disipa al instante, haciéndome quedar como un tipejo un tanto peculiar.

—¿Bien? —pregunta con ironía, alzando una de sus claras cejas, moviendo el aro de acero que lleva perforándola. Miro curioso esa mutilación después vuelvo a sus ojos, pero me alejo. Me repelen cuando intento examinarlos —Estoy de puta madre. —responde riéndose.

Sus carcajadas rebotan por todas las paredes haciendo crecer un eco inmenso, como si en los muros hubiera un ejército de cómicos. Su voz se adueña del lugar y el espanto lo hace de mi ánimo.

—Por favor, no uses ese vocabulario en la casa de Dios. —ruego acercándome un paso más a él, como si fuera realmente capaz de tapar su boca. Sin embargo, él se levanta con una sonrisa altanera y yo me quedo paralizado.

Es más joven, más bajo y más delgado que yo. Es pequeño como un cordero, pero logra que mi ser entero se hiele a su voluntad. Esos ojos verdes podrían robarme el alma en un segundo, o al menos eso siento cuando trato de mirarlos.

— ¿Putas? ¿Ese es el vocabulario que te molesta? — repite con fingido tono inocente. Plasma en su rostro un visaje casi infantil y durante esos segundos parece un muñeco de porcelana —María Magdalena lo era ¿no? A Jesús le iba detrás una puta. —labios finos estirándose de nuevo en una mueca diabólica; el brillo abismal vuelve a su mirada, como una chispa capaz de quemarme hasta los cimientos.

—¡Eso no es así! —chillo escandalizado. Inmediatamente tapo mi boca como un niño que dice una palabrota y me siento avergonzado por el sonido de mi histeria resonando por el lugar. Él sólo ríe y se adelanta un paso; mis músculos se tensan y no sé por qué —Nunca se especificó, es una confusión. —le reprendo, más calmado —Él sólo la liberó de los siete pecados, pero ella no... no era eso.

El chico solo se encoge de hombros sin borrar su sonrisa y poco después el silencio fluye entre nosotros como una masa sólida de incomodidad. Por primera vez desde que vivo en la iglesia con la divinidad y mi soledad, me siento nervioso. No soy capaz de mirarle a los ojos, pero mi lengua tropieza en mi boca, incapaz de articular frase alguna.

Él simplemente parece divertirse, mirándome de arriba abajo con descaro y apoyándose en los bancos de la iglesia con una pierna cruzada y cadenas tintineantes colgando de su cinturón negro.

Me doy cuenta de que no he respirado desde que él posó sus afilados ojos en mí y tomo una bocanada de aire torpemente, antes de intentar hablar con normalidad.

—Joven, es tarde y pronto lloverá ¿Qué te trae por aquí en estas circunstancias? ¿Necesitas algo? ¿Estás perdido? —chasquea la lengua con diversión apenas cortando mi última palabra, pasa una mano por su pelo sin apartar su vista de mí e, imperturbable, profiere una pequeña risilla.

—Tú estás más perdido que yo.

—¿Yo? —pregunto ojiplático. La incomodidad del extraño encuentro flota aún en el aire, pero la confusión la opaca por completo —¿Perdido? Esta es mi iglesia, vivo aquí también. No estoy perdido. —aclaro, él solo niega con la cabeza.

No parece en absoluto sorprendido por algo tan peculiar como la naturaleza de mi vivienda.

—Da igual, no me has entendido. —con un ademán le resta importancia y después habla cuando estoy abriendo la boca, queriendo pedirle que se explique- —Déjalo.

Suena glacial, tan molesto que no sé por qué, pero obedezco a ese extraño adolescente que se ha metido en mi propio hogar. Aunque a juzgar por las libertades que toma y mi palpable incomodidad más parece esto su casa.

—Pero, ¿Qué hay de ti? ¿Qué haces aquí?

—¿Acaso no puedo estar aquí? La casa de Dios está abierta siempre para todos. —dice en tono fingido, alzando sus manos al cielo al igual que su vista para luego bajarlos, clavando en mí su mirada, seguida de una de sus sonrisas escalofriantes. —¿No es así, padre?

Sonríe como si supiera algo que yo no sé y me mira como si a pesar de ser un chiquillo pudiera aplastarme con sus dedos. Y lo peor es que empiezo a sentir que es así.

—Uh, sí... —digo frotándome la nuca y mirando alrededor; quiero saber qué hace aquí, por curiosidad, pero lo que más deseo es que se vaya.

Miro a Cristo en la cruz desde lejos y no me siento protegido, como si solo fuera una estatua de piedra. Y me aterra pensar que solo lo es o que el

pan es solo pan y el vino solo vino.

Me amedrentan esos iris decididos que parecen convertir los templos en ruinas.

—De... de todos modos me gustaría saber por qué has venido aquí en este momento, si no es mucho preguntar... ¡Oh! ¿Has venido a confesarte? Si es así no seas vergonzoso, tus secretos se irán a la tumba conmigo.

—sonrió amable, encontrándolo lógica al asunto. Un joven rebelde que simplemente quiere andar por el buen camino, pero teme decir en voz alta sus pecados y fechorías.

Hasta me parece tierno pensar que todo el rato ha sido eso. Los jóvenes tiene almas pudorosas, quizá eso explique el hermetismo en sus orbes.

De nuevo la estridencia de su carcajada me atraviesa y siento los huesos de gelatina, lo miro de nuevo y aunque hace unos segundos me parecía inocente esta vez me parece que su voz suena gruesa y vieja como el diablo.

—¿Confesarme? Padre, yo amo mis pecados ¿Por qué debería regalárselos a alguien más?

—Ah... —tengo la garganta seca y sus palabras me dejan a mi sin. ¿De dónde ha salido este diablillo?

Escucho un trueno fuera y doy un repullo. Estoy tan absorto en este individuo que no sé cuándo ha empezado a llover. Él expulsa aire por la nariz, divertido, al ver mi reacción de miedo y se acerca a mí un paso más, como esperando algún tipo de reacción.

Simplemente me quedo estático, con los músculos tensos por alguna razón que no logro comprender y él luce complacido ¿Qué es lo que quiere?

—Debo hacer la misa de los domingos, sé que es extraño porque es tarde... pero no he podido hacerla antes por ciertos motivos ¿Quieres acompañarme en ella? —pregunto con amabilidad, solo para encontrarme un rostro aún divertido.

¿Qué le hace tanta gracia? Comienza a ponerme nervioso, su visita es como una broma de mal gusto. Me pregunto si Dios todopoderoso reirá también.

—No, gracias. —saborea la última palabra con malicia, como si cada gesto amable fuera solo un ardid —¿Y por qué no has hecho la misa cuando

tocaba?

—Yo, eh... problemas familiares.

—¿Mamá o papá? —usa ese tono socarrón, como si lo supiera. Como si viese a través de mí, dentro mí: la forma en que mi corazón duele hasta que los recuerdos se desvanecen.

Aprieto el rosario en mi mano y trato de regular mi respiración. Solo quiero gritar, llorar y lamentarme, pero ahora no es el momento. Dios nos da fuerzas para que las usemos, para que tengamos voluntad, no para que las malgastemos con llantos inútiles.

—Mi hermana. —respondo débilmente. Ni siquiera sé por qué estoy hablándole de algo así, solo debería echarlo, para que deje de molestar. Sin embargo, me mira de esa forma y parece que si hago el amago de expulsarlo se meterá en mis venas como veneno y acabará conmigo.

—¿Qué le sucede?

—Ella está enferma. Empeoró esta mañana, pero ahora ya está estable.

—Um... ¿Estable? Eso no es lo mismo que bien. —acierta con sus palabras. Me pregunto cómo alguien tan lozano puede distinguir tal matiz.

—Ella... está en estado comatoso. —miro al suelo, las baldosas bruñidas con esfuerzo hacen un amago de reflejar esa sonrisa mordaz, pero cierro los ojos, no quiero verla.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta desinteresado. Me muerdo la lengua, me incomoda esa reacción inercial del chico; ni siquiera ha esperado para que la tensión se disipara o se ha atrevido a darme sus falsas, aunque agradables, condolencias.

Y lo que más me perturba: no parece sorprendido por nada. Digiere la información como si ya supiera todos mis secretos.

—Tres años. —digo con un hilillo de voz. El tiempo se hace más pesado, más mortal, cuando lo pronuncias. Si miro al pasado puedo recordar esos años en un instante, pero sigue siendo mucho tiempo y cuando lo nombras es como si invocases la gravedad del asunto.

—Tres años. —repite él, no divagando u ojiplático. Su tono es llano, simplemente parece que quiere acoplar esas palabras en mi mente.

Y lo logra, junto a su carcajada esa frase suya se ha grabado a fuego en

mi mente y arde con fuerza. Sé que dejará una cicatriz incurable.

—¿Una lesión grave? —el aire se hace plomo, me cuesta seguir la conversación y no puedo separar los ojos de mis pies. No puedo alzar la vista, me aterra encontrármelo con grandes alas y cuernos saliendo de su cabello de fuego.

—Un accidente de coche. —explico respirando dificultosamente. Juego con mis dedos, quiero que se vaya, ya no tengo curiosidad, solo quiero estar tranquilo de nuevo. —Ella iba a ver a su novio, estaba borracha.

Trago saliva y muerdo mi labio, ni siquiera sé porque le he dicho eso. Es la primera vez que hablo con alguien de esto. Es la primera vez que explico su historia en voz alta. También es mi historia.

Me siento vulnerable y cuando él pasa por lado, tan silencioso como un gato, siento su mano en mi hombro y solo atino a pensar que él podría romperse si presiona un poco.

Dedos cortos y delgados, es una mano pequeña en verdad, tampoco aprieta en mi fuerte, entonces ¿Por qué su tacto duele?

—Vaya, lo siento amigo, ya es demasiado tarde ¿no? —sus palabras me dejan sin habla, la mente en blanco.

¿Qué? Por un momento pienso que se refiere a lo inevitable, pero de ser así ¿Cómo podría saberlo él?

Imagino a mi hermana bajo las sábanas en la camilla, la máquina emitiendo un zumbido uniforme, la pantalla escindida por una línea horizontal. Quiero llorar por ella, pero solo siento los hombros ligeros y deseo de culpa por la calma que me sobreviene.

—Para la misa, digo; ya es muy tarde, son las doce y un minuto.

—¿Qué?

De nuevo el mundo cae sobre mí como un yunque y saliendo de mi estupor miro mi reloj de muñeca; veo que él no lleva ninguno, a pesar de eso ha acertado.

—Ya he hecho todo lo que tenía que hacer. —sus pasos se alejan, yo no puedo moverme del sitio.

He traicionado a mi Padre y Señor. Ya no puedo revertir el tiempo y la misa de ese domingo ha quedado en el olvido a los ojos del señor y

enterrada en mi memoria de forma ponzoñosa.

—Nos volveremos a ver, padre. Cuídese. —está lloviendo afuera, oigo truenos y chorros de agua bajando de los cielos furibundos ¿Llora el cielo porque Dios ha sentido mi puñalada?

Él va en manga corta, con pantalones rotos y no es del pueblo; la ciudad más cercana está a dos horas en coche; sin embargo, ha dejado la iglesia con calma, como si nada pudiera hacerle daño.

Yo estoy devastado.

Una pequeña serpiente ha venido hoy y me ha siseado hasta hipnotizarme. Lo siento, Dios querido, te he fallado aun cuando eres el único a mi lado. No me importa ser castigado por tu ira; rómpeme, pero no me abandones nunca, ni siquiera me tengo a mí mismo.

2

Es un buen día. Hace sol y afuera hay muchos jilgueros, su canto me hace sentir menos solo en la iglesia; hoy cuando hacía misa uno de ellos se posó sobre el respaldo de madera de una silla y me acompañó. Sé que no es una persona y que no puede entenderme o rezarle a Dios, pero todas sus creaciones son hermosas y la agradezco revoloteando cerca de mí. Creo que, después de seis meses, ya me ha perdonado, aunque los tiempos son difíciles y paso algo de hambre, sé que el señor ha vuelto a verme como antes solía hacerlo.

Ojalá mi hermana tuviera la misma suerte y se ganase su perdón. Recé por ella anoche, como siempre, pero creo que ya nada puede salvarla.

Nació para sufrir, producto del pecado, como yo, solo que escogió el mal camino y después besó al diablo y bebió de él antes de tratar de visitarle. Me duele pensarlo, pero su estado es su merecido.

Tuvo oportunidades y las desperdició. Vivió rápido, ahora solo le queda morir lentamente; aunque a veces siento que tenerla en esa camilla me chupa a mí también la vida, pero debo cargar con ella porque la amo. Debo amarla.

—¿Tú también tienes hambre, amiguito? —pregunto sonriendo con tristeza.

El pájaro golpea con su afilado pico el pan de mi comida de hoy y aunque estoy francamente hambriento me espero para dar el próximo bocado, no

quiero interrumpir a ese pequeño ángel.

El animal hace un amago de picotear el siguiente pedazo, pero una sombra delgada nos cubre a ambos y él escapa grácilmente batiendo sus alas con desenfreno, como cuando huye de los depredadores.

Veo un manto de diminutas aves volar junto a mi compañero alado hacia el pueblo, lejos de mi tan cálida iglesia.

No necesito levantar la vista para saber a quién tengo delante, nadie más que conozca llevaría una gabardina negra y pantalones desgarrados. De todos modos, me sorprende cuando alzó los ojos y choco con los suyos.

Por un segundo tengo la impresión de estar viendo un espejo; como si él fuera casi una persona real. Casi.

—Hola, padre.

—Oh, hola de nuevo. —sonrió al ver al muchacho. Algo en él sigue alertando mis sentidos, pero estoy seguro de que en el fondo tiene un corazón noble. Así tiene que ser si ha vuelto a la iglesia —Pensé que no te volvería a ver.

—¿Y eso te alegró? —pregunta, socarrón. Yo río, sintiéndome plácido a su lado durante esos instantes.

—No, no. En realidad, estaba preocupado, te fuiste en medio de una tormenta, vestido de ese modo. Caían rayos del cielo, pensaba que uno podría alcanzarte y recé por ti.

—Tranquilo, nada que venga del cielo puede hacerme daño. —habla en un tono sombrío y de nuevo su sonrisa se manifiesta. Yo trago saliva, tratando de no pensar en el sentido real de sus palabras.

Luce como si quisiera desafiar a los cielos. No, como si pudiera realmente.

—Me alegro de que estés bien. No nos hemos presentado, creo.

—Tú crees muchas cosas ¿No es así? Y muchas de ellas falsas.

—Oh, bueno, solo soy un simple mortal, no tengo la verdad.

—Solo tienes una.

—¿Cual?

—La verdad sobre ti mismo. —lo miro extrañado y él frunce el ceño. Siempre lo veo molesto cuando no le comprendo, como si tratase decirme algo realmente importante y yo no fuera capaz de escuchar más que balbuceos. —Da igual, déjalo. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí. Mi nombre es Lucian.

—Es... es un nombre muy curioso. —respondo con sinceridad. Es un nombre bonito, a decir verdad, pero suena peligroso y algo me hace desconfiar de él; al parecer ese nombre le viene como anillo al dedo.

Él se sienta a mi lado en uno de los escalones de la entrada de la parroquia y el silencio abismal vuelve, sin pájaros cantando esta vez.

—¿Qué te trae aquí de nuevo, Lucian? —la dicción de su nombre entre mis labios se siente extraña, forastera. Me siento alarmado cuando lo llamo por su nombre y me sonrío, casi pienso que me ha mentado, pero ¿qué motivos tendría para hacerlo?

Él escucha mi pregunta y se toma unos segundos para procesarla y reír mientras tira sus cabellos hacia atrás. El sol da de lleno en su cara que, sin las hebras de pelo haciendo de cortina, puedo contemplar mucho mejor.

Tiene una piel nívea salpicada de pecas, unos ojos verdes pero afilados, de pestañas largas cuyo aleteo parece crear un huracán dentro de mí. Algo en él me pone nervioso y no atino a saber qué es.

—Lo mismo que me trajo la primera vez. —dice con simpleza, mirándome y sonriendo más amplio cuando suspiro exhausto.

—Bueno, la otra vez tampoco quisiste decírmelo. Supongo que no te gustan las preguntas.

—Me dan igual, solo que no respondo cuando uno ya sabe la respuesta.

—Pero... —el solo alza el índice para callarme, con la mano libre masajea su sien como si yo le estuviera dando dolor de cabeza.

—No entiendes, aún. Así que cállate ya. —frunzo el ceño ante ese lenguaje. Sé cuándo no le agrado a alguien o cuando uno está intentando ser esquivo conmigo, pero no hay necesidad de ser insolente y menos ofensivo, además este muchacho ha venido derechito a mi ¿Con que derecho me desprecia ahora?

—Cuidado con esa boca, jovencito.

—¿Qué? ¿Me la vas a coser acaso? ¿O tienes algo más pensado para ella?  
—intento aclarar mi mente, devolverle el candor, pero ese tono y esas

palabras no dejan lugar a dudas. Muchas interpretaciones, pero él sabe cuál es la que más me molestará.

—Yo no, pero Dios hará que ardas en el infierno por hablarle así a alguien y espero que eso no pase, no pareces mal chico.

—Las apariencias engañan, tú no parece tan estúpido como para dedicar tu vida Dios y mírate. —se jacta, chasqueando los dientes y examinándome por encima del hombro.

Yo puedo perdonar a mis enemigos y desearles paz en sus días, pero no permitiré tal ofensa a mis creencias. Es prácticamente mi deber defender a mi Señor, no debe ser insultado y menos en la tranquilidad de su hogar.

—No deberías hablar así, creo que necesitas confesarte. Tus faltas de respeto están cruzando un límite.

—¿A sí? ¿Iré al infierno? —pregunta con tono pícaro, sé por la sonrisa traviesa en su rostro y la forma insinuante en que muerde su labio, que no está tomándose esto en serio; pero yo sí.

El destino de tu alma no es algo con lo que se deba jugar. Es más grande que una vida entera y solo pide eso: tu limitada vida al servicio de una eternidad divina.

—Si sigues así es lo más seguro, así que te sugiero que moderes tu carácter.

—Perfecto, espero que haya íncubos allí abajo, me muero por follar.  
—muerdo mi lengua al escuchar esas palabras.

Mi rostro completamente rojo y el corazón rebotándose en el pecho como una pelota de goma. No estoy acostumbrado a escuchar cosas así, de hecho, es la primera vez que oigo a alguien decir esa palabra (quizá porque la vida ascética es solitaria, quizá porque el pueblo es beato aún sin pretenderlo).

—¡No puedes decir eso! ¡No aquí!

—¿Por qué? Es cierto, me apetecería tanto echar un polvo en el infierno. Y mejor si es con un íncubo que la tenga gr-

—¡No puede ser! Eres... eres... Oh, madre mía... Tienes que confesarte, rápido. Y dejar de pensar en los hombres como algo más que hermanos. Por favor, eres demasiado joven para estar tan corrompido con esa enfermedad asquerosa. —me siento histérico, le tomo de la muñeca con más fuerza de la que debería usar en alguien tan jovencito y lo empujo

dentro del edificio.

Tengo que excusar sus pecados y que hacer que se arrepienta antes de que sea demasiado tarde para su pobre y negra alma. La idea del chico besándose con un hombre entre llamas pecaminosas hace que mis nervios incrementen.

No sé por qué mi imaginación ha decidido representar el pecado que quiero borrar de él, pero sin embargo esa visión ha traído un poco del infierno a mí: el cuerpo me arde. Presupongo que este curioso malestar es causado por su homosexual, pero lo aguantaré unos instantes más si puedo salvarlo.

—¡Eh, suéltame! ¿Qué te importa que sea marica, retrógrado de mierda?  
—todo esta tan mal en esa oración que la ignoro y beso el rosario que me cuelga de la muñeca mientras miro la escultura de Jesús en la cruz con su corona de espinas.

Me disculpo con la mirada y el corazón, pero los ojos de mármol parecen ver hacia nosotros con una decepción que siempre se quedará grabada en la piedra.

—Tienes que confesarte y dejar de hacer esas cosas. No quiero que la enfermedad te consuma.

—¿Enfermedad? Serás... ¡Cómeme la polla, capullo! —chilla zarandeándose mientras le hago pasar entre los bancos de brillante barniz. Realmente me asusta, parece poseído por la forma en la que se revuelve.

Su amargo ofrecimiento hace que mi rostro arda con solo pensar que mi mente puede crear semejante escena. Me avergüenzo de haber pensado en pensar en ello y sacudo mi cabeza tratando de exorcizar todo pensamiento indecente y ponzoñoso.

—¡Que me sueltes, hijo de puta! —con solo oír esas palabras me paralizó, parece que mi cerebro desconecta y solo funciona mi cuerpo, la parte más peligrosa de mí.

Hijo de... puta. ¿De dónde vienen esas otras voces de chiquillos gritando lo mismo? ¿De dónde salen las risas antiguas ya olvidadas? Hacía tanto tiempo que alguien no decía esas palabras y parece ser que su voz las ha resucitado en un rincón recóndito de mi memoria.

—¡Por Dios, cierra la boca! —grito, alzando una mano por puro instinto.

Dedos finos golpeando mi mejilla con uñas de cristal. Mi puño cerrado, inerte e inútil a un lado de mi cuerpo mientras mis nudillos me imploran por un golpe. La continencia siempre es injusta ¿Merece la pena? ¡Lo

hace, lo hace! Tiene que hacerlo... Espera ¿Por qué esas imágenes están ahora en mi cabeza?

Parpadeo, siendo consciente de la situación, y ya no veo mi pasado, solo a un joven que se mantiene estoico incluso cuando mi mano está alzada, dispuesta a abofetearlo. La bajo de inmediato, yo jamás haría algo así. Después recuerdo mis palabras y la alzo de nuevo, esta vez tapando mi boca.

He blasfemado, el nombre de Dios saliendo de unos labios furibundos, incapaces de abrazar su gloria. Ahora soy igual que él.

Me sonrío ¿Acaso no ha estado a punto de ser golpeado por alguien considerablemente más fuerte? Quizá tiene razón, quizá nada celestial puede herirle. Quizá... no, son tonterías. Simplemente es atrevido.

—Cuidado con esa boca, jovencito. —me imita y saca la lengua como un pequeño niño y antes de que pueda replicar se voltea y se va.

Lo hace a paso ligero, pero no huye. Puedo perfectamente detenerlo y después de comprobar segundos atrás mi superioridad física frente a él no debería temer hacerlo; sin embargo, siento que si pongo mi mano sobre él una vez más seré atravesado por un rayo o, peor, por su mirada.

Simplemente lo dejo marchar, sin saber si lo veré de nuevo. Realmente no sé si quiero verlo de nuevo, pero ahora no tengo tiempo de pensar en eso, un asunto más urgente requiere de mi atención: tengo que solucionar mi falta.

Dios me perdonará, yo tal vez nunca lo haga.

3

Deseo tanto poder tomarme un plato de sopa caliente, tantísimo. Pero si tengo que pasar hambre y frío es porque el señor me pone a prueba y después de mis dos ofensas de este año, lo merezco.

Pero, aunque mi cuerpo flaquee mi fe jamás lo hará. Dios es bondadoso, incluso en sus castigos más duros; Dios es bueno porque, aunque duela, nos acabará perdonando. Si no fuera de ese modo él me habría castigado usando a mi hermana, pero no, él ha permitido que el alcalde del pueblo, aunque reacio a mantener una iglesia que nadie quiere, me siga pagando un mínimo para mantenerla y mantenerme a mí; eso solo me ha permitido seguir pagando el tratamiento de mi hermana y una comida

cada dos días para mí, pero es suficiente.

Está escrito: No sólo de pan vive el hombre.

Rezo a Dios dando gracias por tener un lugar en el que permanecer sano y salvo durante la nevada que ahora cae sobre la iglesia. Con mis manos juntas procedo a elevar mi voz a los cielos y fallo una vez porque mi estómago ruge sobreponiéndose a mis palabras.

Fallo de nuevo en el segundo intento, ahora es porque alguien ha abierto la puerta y se aproxima a mí.

Estoy tan helado que apenas tengo fuerzas para erguirme y darme la vuelta, pero ya sé quién es. Pasos decididos y sonoros, de zapatos pesantes lo más seguro.

—¿Se te ha pasado ya el enfado de la última vez, Matías? —me pregunta con voz burlona. Desisto en mi intento de moverme de mi sitio, esa risa tras sus palabras tiene más de su identidad que su propia cara. Aunque la segunda es casi más hermosa que la primera, pero ambas igual de tenebrosas.

Niego con la cabeza, divertido. Sé que no va a disculparse, pero ha vuelto y parece, aunque lo trate de disimular, que le preocupa si tiene mi perdón o no. Eso para mí es suficiente.

Yo ya le perdoné ese mismo día, aunque sigo siendo rencoroso conmigo mismo.

—Por supuesto, es mi deber tener un espíritu templado y caritativo ¿Que sería de mí si dejase que el odio me envenenase el alma?

Él se acerca sin responder, pero cavilando por una respuesta mientras yo sigo arrodillado, con mis manos juntas y los ojos de piedra de cristo observando la escena con una impotencia que no entiendo. No es un chico alto, pero al colocarse frente a mí de pie, parece magnificente, como si se alzase ante mis ojos un ser oscuro y ominoso.

—Quizá descubrirías que algunos venenos son dulces. —susurra pasando una mano por mi cabello con gentileza. Hebras almendra se deslizan entre sus dedos y yo recuerdo que desde que decidí vivir apartado del resto esta es la primera vez que alguien me toca.

No puedo evitar cerrar los ojos y dejar que un leve cosquilleo en mi cuero cabelludo me arranque un suspiro. Cuando su mano deja mi cabeza y se sienta en posición de loto delante mío casi tengo ganas de llorar.

Extraño ese contacto dulce y tranquilo. Jamás pensé que las mano de alguien pudieran hacerme sentir tan calmado, y menos las manos de un hombre.

Empecé a sentir asco por la piel humana de tanto ver la de mi madre sobada por toscas falanges masculinas.

Me muerdo el labio hasta que en mi mente solo está el dolor de mi belfo, quiero mantener esos recuerdos lejos a toda costa y más ahora que tengo compañía. No estoy seguro de si es una agradable compañía o no.

—Entonces, si tan pura es tu alma ¿Qué te hizo estallar el otro día?  
—pregunta ladeando la cabeza. Su sonrisa jamás se desvanece, como una cicatriz, pero ahora se reduce un poco como si esa fuera su máxima mueca de seriedad.

—Fue... algo sin importancia. —no quiero mentir y en el fondo sé que no es mentira. Es algo que ya ha pasado.

Solo tengo que olvidarme, que olvidar mejor. Dios es la única cosa que importa en este mundo, el único que estuvo a mi lado mientras me hundía en una vida que jamás deseé y que intentó ser ultrajada.

—¿Algo sin importancia te hizo querer golpearme? —pregunta con sarcasmo, alzando una ceja. Supongo que soy demasiado transparente, pero al fin y al cabo la sinceridad es una de mis virtudes, aunque a veces duela. Como el amor a Dios. —Vamos, nunca te había visto así. —dice risueño y yo me siento extrañado. ¿Nunca? Solo no hemos visto dos veces.

Este chico parece mi antítesis. Tan taimado, insidioso y procaz. De todos modos, lo salvaré, debo salvarlo, aunque me cueste mil infiernos.

—Oh... de veras lo siento, no pretendía...

—Está bien, me gustan los hombres rudos, ya sabes.

—Oh, por favor... —exclamo sujetándome el puente de la nariz con los dedos. Un dolor de cabeza comienza a nacer de mis esfuerzos por mantenerme sereno —basta de promiscuidades.

—¿Ah? Si todavía no he empezado. —ríe en tono agudo. La perfecta mezcla entre estridente y armónico. —Entonces qué ¿Por qué te enfadaste tanto?

—Sinceramente, es un tema delicado. No quiero hablar de ello.

—respondo acomodándome en su misma posición en el suelo. Estar de

rodillas comienza a ser molesto y solo mi señor merece ese sacrificio.

—No te he preguntado si querías hablar de eso, te he preguntado que por qué te enfadaste. —dice entonces con un tono notablemente más grave. Se divierte, eso es cierto, pero comienza a estar irritable y no me apetece pelear ahora.

—Está bien, está bien. —digo vencido, igualmente no tengo nada que ocultar. Toda la vergüenza, todo el pecado y la negrura no son mías, aunque me ahogaran una vez en el pasado —Es porque, um... mi, mi madre ejerció la... la... ella era prostituta. —mi voz casi desaparece con esa última y prohibida palabra. Contengo la respiración y mi corazón parece ser estrangulado por una serpiente.

Realmente siento como el mundo se viene a mis pies. Nunca había dicho algo así, nunca había admitido eso y me castigo cada vez que pienso en ello. Las palabras tienen un poder devastador.

Cuando dices algo se vuelve más real. Los recuerdos más latentes, presentes. Una palabra te hace recordar tanto dolor que siento que mi pequeña confesión puede matarme.

Lucian parece sordo, su cara no ha cambiado ni un milímetro mientras yo pronunciaba algo que es para mí más peligroso que mi propia sentencia de muerte.

¿Por qué quiere respuestas si jamás se sorprende por ellas?

—¿Y tú padre?

—Eso mismo me pregunto yo. Puedes imaginarlo, ella estuvo con un cliente y... sucedió- respondo señalándome. El chico solo hace preguntas y calla mientras respondo, sonrío, pero no se ríe, es más como una marca permanente en sus labios; me gusta: me escucha, pero no me juzga.

Ahora que estoy liberando todos mis pensamientos siento que es más sencillo dejarlos ir que tratar de tatarlos. Su sonrisa, aunque me asuste, y su silencio, son como bálsamo; pero presiento que algo no anda bien.

—Sucedió dos veces ¿No? Me dijiste que tenías una hermana menor. —me sorprende que recuerde eso, de echo parece tener mejor memoria que yo, no recuerdo haberle dicho nuestra diferencia de edades. Pero ese detalle es lo que menos importa, su perspicacia me hace sentir como un libro abierto y, en el fondo, no está tan mal serlo.

Cuando hablo, Lucian me escucha ¿Por qué no me siento igual cuando le

hablo a Dios?

—Sí, así es. Pero intenté llevarla por el buen camino. Yo encontré a Dios cuando recogí una biblia de la basura a los diez años, ella simplemente era diferente a mí, pero era una chica muy buena.

—¿Salió a su madre?

—¿Qué? No, ella era... de otra forma... —me muerdo la lengua para callarme, pero en mi cabeza otras palabras completan la frase y tengo que seguir hasta que el férreo sabor inunda mis papilas gustativas.

Trago grueso lleno de angustia y asco, no me gusta hacia donde esta yendo la conversación. Hay algunas cosas sobre las que uno no puede simplemente ser sincero. Dios no quiere todas las verdades así que si me engaño a mí mismo al final creeré mis mentiras.

Mis ojos pican y algo pesa al fondo de mi garganta. Me tiembla la barbilla y me siento incapaz de pronunciar una sola palabra más.

—Dime, Matías ¿Querías a tu madre? —es inevitable, tapo mi cara con ambas manos pero aunque oculte mis lágrimas él puede escuchar mis sollozos.

Solo me queda agradecer su actitud extraña y tranquila. No me consuela en mi llanto, pero tampoco me reprocha. Simplemente se queda ahí, a mi lado, sin importar lo que haga.

Hay compañeros que ponen demasiadas exigencias. Uno en concreto, que debería ser preferible a Lucian. Debería.

—No puedo... no puedo decirlo... no puedo decirlo, escuchará, Dios... —él me corta acercándose a mí. Acuna mi rostro en sus manos y con los pulgares mis lágrimas abandonan mis mejillas.

—Dios no escucha cuando pides ayuda ¿Verdad? Quizá ahora tampoco esté escuchando. Solo dímelo.

Su voz, sus manos. Dejó caer el rosario que oscilaba en mi muñeca, ahora su presencia es todo lo que existe, todo lo que necesito para traer calma a mi corazón. Sin embargo, a veces él parece tener el poder de romperlo también.

—Ella era una mujer asquerosa... la odio, me repugna... tenía mi cuna en la misma habitación en la que hacía esas cosas repugnantes, gastaba sólo en sustancias del diablo y tuve que ser mi propio padre y madre y el de mi hermana. Ella incluso trató de abortarme. Contrajo SIDA y no tenía dinero para el tratamiento... en aquel entonces yo sí tenía, pero... pero ella no...

no merecía...

—Ya está, lo entiendo. —susurra. Mi cuerpo se siente ligero, mi corazón pesado. Recuesto mi cabeza en su hombro inhalando y exhalando con lentitud.

Esta vez ni siquiera miro a cristo en la cruz. No quiero ver cómo me mira, no siento que tenga derecho a reprocharme nada.

Sin embargo y aún este pequeño momento de éxtasis en que mi rabia salta de mis labios al aire, sé que he pecado de nuevo. Pero ¿Cómo puede pedirme Dios que honre a mis progenitores si son tales monstruos?

Yo siempre supe que la senda del señor estaba llena de rocas, pero jamás pensé que tropezaría tantas veces. Ahora veo que es más fácil caer al abismo que seguir adelante por una promesa incierta. Pero la dificultad no es criterio de valor, y el bien está tras las rutas más arduas.

Tengo miedo por mis pensamientos, pero la convicción de mi corazón es fuerte, más que el dolor, más que la rabia. Más que el deseo, espero. Tengo que seguir teniendo fe suficiente como para mantenerme fiel a Dios.

—¿No te sientes mejor?

No puedo responder, no quiero. Sé que es lo que quiere oír y resulta exactamente lo mismo que desataría la furia del señor.

—¿Al ser un mal hijo? —respondo con melancolía. Todas las memorias cuya cicatriz estaba el tiempo por borrar parecen ahora grabadas en mi espíritu al rojo vivo.

—Al ser un buen pecador.

Ahora sí, miro a la estatua de Cristo. Sus ojos fríos parecen no querer decir nada. Quizá siempre fueron así.

Señor, perdóname, yo ya no puedo hacerlo.

Pasos resuenan hacia la salida. La puerta se cierra y me quedo solo.

Hace algo de viento, las hojas marchitas caen de los árboles y la fragancia otoñal del aire mece mi tristeza. Hoy no estoy en la iglesia; pocas veces visito el jardín trasero, más que nada porque no tengo dinero para mantenerlo y me duele ver la tierra estéril, pero hoy parece el lugar perfecto para mi reposo.

Un lugar de donde puede nacer la vida para alguien que no desea la suya. La tierra húmeda del camino hacia mi paradero cruje a mi espalda. Estoy sorprendido, nadie ronda los alrededores jamás y eso solo puede significar una cosa.

—¿Lucian? —pregunto con incredulidad. Cada vez que nos vemos al parecer la espera para nuestra próxima reunión es más y más larga.

Todo mi mundo tiembla cuando él se acerca, pero cuando me deja lo echo de menos. A veces, pienso, es bueno que alguien cubra el silencio de Dios con palabras reconfortantes o extrañas.

Él no responde a mi llamado, pero se sienta a mi lado en el suelo, inspirando el aire de ese lugar tan puro y libre de la contaminación urbana. Me pregunto si a él no le importará ensuciar su ropa, especialmente porque luce cara a diferencia de mis andrajos que ya poco me duele manchar. Preguntándome esto me doy cuenta de algo: no sé nada de este chico más que los que puedo intuir por su aspecto.

¿Qué edad tendrá? Parece mucho más joven que yo, pero no sé si es siquiera mayor de edad ¿Estudia o trabaja? ¿Tiene familia, pareja, amigos? No sé nada. No sé quién es y sin embargo se ha convertido en alguien importante en mi vida.

—¿Por qué lloras hoy? —pregunta casi con burla.

Abochornado, seco mis lágrimas con el dorso de la mano y suspiro. A estas alturas no debería estar escondiendo mis sentimientos de ese modo con alguien que me ha visto confesar que dejé morir a mi propia madre.

—Mi hermana está peor, ahora el tratamiento me cuesta más porque necesitan más enfermeras. Ah, estoy desesperado...

—Aún te conservas bien, podrías ganar dinero en cualquier esquina.  
—trato de pensar que establecimiento hay en las esquinas de mi pueblo como para poder solicitar un trabajo ahí, entonces caigo en la cuenta del sentido de sus palabras y lo miro con reproche.

Él simplemente sonrío con diversión y sus ojos viajan por mi cuerpo, perdiéndose bajo la cintura. Por alguna razón siento que sus bromas no

son solo eso.

—Yo pagaría.

—¡Lucian! No digas esas cosas. De veras, un día deberías confesarte, te ayudaré.

—No, gracias ¡Que solitario sería el camino de mi vida sin mis pecados!

—Pero entonces ¿Por qué vienes a mi iglesia? Odias la religión al parecer, pero siempre... vienes. —sigue mirándome, en silencio hasta que una carcajada lo rompe.

Después se recuesta contra la pared de ladrillo de detrás nuestro, llena de enredaderas, y me mira sin emitir sonido alguno. Le divierte verme desesperado, maldita sea; pero al menos es sincero.

Pregunta porque quiere saber, ríe con desfachatez, pero sin falsedad. Creo eso me gusta, una transparencia cruel pero arrulladora.

—No te gusta dar respuestas, ¿eh? No pasa nada, a Dios tampoco. Estoy acostumbrado.

—¿Ser misterioso no me hace más atractivo? —pregunta divertido mientras yo debato internamente si ser sincero o no.

¿Qué iba a decirle? ¿Que sí? Que el aura peligrosa y extraña que lo rodeaba repelía a mi espíritu, pero atraía mi carne cual imán. Maldita sea, señor ¿Por qué creas cosas bellas si están envenenadas?

Adán cedería mil manzanas al diablo si su tentación se llamase Lucian.

—Creo que estarías más guapo si te confesaras —bromeo también. Me siento alegre cuando él se carcajea, me gusta hacer felices a los demás.

—No cuela, padre. —él se despereza, despegándose también del muro y entonces arrastra su cuerpo uno metro hacia delante. Se reclina, dispuesto a tumbarse sobre el huerto muerto y después vuelve a erguir el torso —Ah, no quiero mancharme el pelo. —se queja mientras con una mano hundida en el suelo cierra el puño, apretando la tierra mojada.

Entonces se voltea parcialmente y deja su cuerpo caer de nuevo, ahora con su cabeza en mi regazo. Sé que puede notar los músculos de mis piernas tensarse por su acción porque en ese momento y aún con sus ojos cerrados me sonrío con malicia.

—Vaya ¿Y eso? Parecía un león ¿Tienes hambre? —pregunta risueño. Yo me pongo colorado de vergüenza, pensaba que esa demanda de mi

estómago vacío no se había escuchado lo suficiente.

—S-Sí, ya sabes, no tengo mucho dinero para las cosas y tengo que pagar lo de mi hermana...- mis palabras salen débiles y mi estómago parece rugir más alto que ellas. Qué bochorno.

—Tienes... ¿O quieres? —pregunta de forma aviesa.

Me sorprendo por la insinuación y cuando miro abajo para reprocharle abre sus ojos de golpe, dejándome sin palabras.

Cuencas de cristal verde escrutando mi alma, con sus cabellos fuego desparramados por mis muslos como si fueran una oleada de llamas abrasadoras. Ese chico lograría hacerme arder en el infierno.

—Ambas, por supuesto. Aunque ojalá otra persona pudiera costear los gastos... Yo no tengo nada apenas, pero el señor me hace compartirlo con mi hermana. —Eso... ¿Ha sonado como un reproche? Maldición ¿Realmente he dicho esto?

—O puede no costearlos nadie. Tan sencillo y barato como desenchufarla.

Es como un balde de agua helada para mí. Su modo de decirlo es tan frío que parece increíble que palabras de hielo sean capaces de salir de los bellos de alguien tan caliente como el infierno. La idea no ha logrado escandalizarme, quizá con eufemismos, pero sí, ha cruzado mi mente más veces de las que me gustaría contar.

—Eso es imposible ¡Va contra la voluntad de Dios! Solo él puede tomar vidas y cometer un pecado tan gr... —me callo de golpe cuando él alza su mano y la plasma contra mi cara sin demasiada delicadeza.

No me ha golpeado, pero ha tapado mi boca como si entre mi dentadura asomaran palabras capaces de hacerlo enfurecer. Cuando ya no estoy luchando por hablar la retira, dejando que sus falanges tengan un último y extraño contacto con mis labios y mi mentón. Es como una suave caricia de las yemas y a la vez se siente eléctrico. Un cosquilleo viaja por mi piel y forma un nudo en mi estómago.

El tacto de sus dedos ha sido liviano como una pluma, pero sus efectos en mí son pesados y parecen arrastrar todas mis células al abismo.

—No es la voluntad de Dios, pero ¿Es tu voluntad?

—¡No! ¡Jamás haría algo así! —muerdo mi lengua con fuerza, lágrimas anegando mis ojos y una sonrisa diabólica distorsionada por ellas.

Él sabe que miento, lo sabe desde antes de que diera siquiera una respuesta.

Tapo mi rostro con ambas manos y lloro entre mis dedos, dejando que lágrimas escurran hacia la tierra muerta; da igual cuanto riegue mi lamento, de ahí jamás va a florecer nada, además la iglesia hace sombra y el sol no llega a esa pequeña parte del jardincito.

Olvidada, triste y seca; me pregunto porque siempre escojo este lugar para mi reposo.

Lucian no borra su visaje malicioso y bello, pero, aunque sus ojos parezcan ver el infierno tras cada forma y deleitarse con las llamas, sus manos me conducen al cielo.

Aparta con suavidad mis muñecas de mi propio rostro y sus dedos pronto sostienen mis mejillas. Empapo sus manos con mis penas y aunque sea un tipo grande, me siento empequeñecer; no soy siquiera capaz de mirarle a los ojos.

No sé si esto es por la vergüenza de deshacerme en lágrimas de nuevo frente a él, que es casi un extraño, o por el dolor de pensar que la vida mi hermana no ha sido jamás un regalo, sino una condena.

—Está bien, está bien... —me calma en un susurro. No sé cómo lo hace, pero su voz suena familiar y extraña al mismo tiempo; más plácida y grave de lo que jamás fue.

Se parece tanto a como yo siempre he imaginado la voz de un ángel que mientras pienso en ella no me doy cuenta que he dejado de llorar.

—Puedes decirlo, aquí solo te escucho yo.

—Dios está en todos lados... —murmuro y pienso, aunque me destroce el corazón, que ojalá él tuviera razón. Me gustaría escapar de su juicio a veces, conocerme sin castigarme por quien soy.

—Pero no aquí...- bisbisea, como si estuviéramos cuchicheando secretos y la voz baja fuera suficiente para escapar de nuestro creador. Baja un poco su mano derecha arrastrando la humedad de mi llanto hasta mi mentón, pero no parece asqueado.

Articula el pulgar, bailando lento sobre mi dermis en un tacto del que no quiero desprenderme jamás. Sus manos son un milagro, tienen que serlo; no tendría sentir que la tentación fuese tan benévola, tan maravillosa.

Pasa su yema por mi belfo y el aliento se me escapa como una cascada. Su piel es mi panacea. Señor ¿Puede ser malo algo que te quita el dolor

del corazón? No comprendo.

No sé si le envía Dios o el Diablo, pero ahora se me olvida por completo que ambos existen.

—Puede decirlo, padre.

—Desearía que... que...- las palabras vibran en mis cuerdas vocales y tengo miedo. Con solo pronunciar tal sentencia no me extrañaría que un rayo me fulminara aquí mismo.

Y lo hace.

Levanto la vista y su pupila electriza la mía, un brillo desconocido me observa y recorre todo mi cuerpo como un calambrazo que me despierta y después me deja adormecido, débil y a su merced. Pasa el dedo una segunda vez por mi labio, para devolverlo a mi mejilla, y siento que me roba la vida cuando el roce termina.

No quiero que sus manos calientes dejen nunca de acunar mi rostro y limpiar mis lágrimas; he vivido en pie yo solo, pero siento que si él no me sostiene ahora caeré sin remedio.

—Dilo. Nunca escapes de tus deseos. —acerca su rostro al mío y el cabello rojizo, como lenguas de fuego, lame mi frente; pequeños latigazos de sensaciones ahondan en mi carne por tan banal contacto —Al fin y al cabo... —mi visión está borrosa, él está tan cerca que solo distingo el negro de sus ojos como una oscuridad que me engulle —son más fuertes que tú.

Su aliento está helado, derramándose por mis labios como una promesa de beso; contengo la respiración con el cuerpo inmóvil y la cabeza a punto de estallarme. Sus manos derriten mi piel y su boca la eriza.

Moriré entre brasas y hielo, maldita sea. Mi mente se temple por las sensaciones y mi boca toma las riendas sin dejarme cavilar sobre mis actos.

—Desearía que mi hermana estuviera muerta.

Siento el tiempo pararse; él no reacciona, yo me sorprendo como un espectador ante mi propia confesión.

Mareado por la gravedad de mi pecado caigo adelante y mi rostro de hunde entre su cuello y su hombro. Pequeñas manos me sostienen y un dedo traza círculos en mi espalda como una especie de mantra.

No puedo llorar, ni siquiera sé si quiero. Cierro los ojos, pero sigo escuchando mi voz. Y la suya, sobretodo la suya.

Cuando me restablezco del impacto sigo en el mismo lugar que antes, ahora con el viento rodeando mi cuerpo. Miro a ambos lados sin hallar nada.

En la lejanía unos pasos se escuchan desaparecer lentamente.

5

Apenas han pasado tres meses después de su última visita, pero sé que ha vuelto. Mi corazón se exalta tronando en mi pecho como un tambor enloquecido. No sé si es emoción o terror.

No le he oído abrir el gran pórtico o deslizarse con su andar gatuno entre los bancos, pero escucho ahora con total claridad pies de pesado calzado ascender por las escaleras. Yo estoy limpiando la mesa tras la ceremonia propia de los domingos, pero mi tarea se detiene con el primer sonido.

—Lucian —suspiro cuando siento la presencia tras de mí; impertérrita y, aunque no la vea, sé que sonriente.

—Yo también me alegro de verle, padre —responde jovial. Coloca una mano en mi hombro y se acerca un paso, dejando que mi sotana reciba la calidez que emana de su cuerpo. —¿Qué tal has estado después de nuestro último encuentro?

Noto el tono en sus palabras y siento que la tela de hace más delgada bajo su agarre.

—Eh... mejor, creo. Estoy más estable económicamente y mi hermana sigue igual.

—No he preguntado por tu dinero o por tu hermana. —dice en tono burlón, como riéndose de la torpeza de un niño que no comprende de que le hablan —He preguntado por ti.

—Pero como esté yo depende de eso... —digo extrañado, torciendo la cabeza; él niega con la suya y rompe el contacto de su mano con mi hombro, después anda lento hasta posicionarse frente a mí.

Sus pasos suaves son ligeros, pero no rápidos, jamás. No tiene prisa y eso no hace más que intrigarme; no sé de dónde viene ni a dónde va después

de nuestros encuentros, pero durante ellos el tiempo parece detenerse, es como si no le importase nada más y ni siquiera a mí me toma en serio.

Se sienta sin cavilación sobre la mesa recién limpiada y aunque estoy tentado a reñirle o a explicarle porqué eso es una ofensa, me contengo; sé de antemano que le da igual.

—Tú no eres de los demás, ni siquiera de ese tipo barbudo de allá arriba. Ni siquiera eres tuyo, solo eres de tu carne. —dice sonriendo de forma hambrienta, con una especie de mordacidad extraña pero invisible, en cualquier lugar de entre sus dientes.

Apoya sus manos en la orilla de la mesa y reclina un poco su cuerpo hacia atrás, dejándome ver como su delgada figura se estira. Es como agua, viene silencioso a mi como un goteo discreto, pero puede ser como un tsunami a veces y dejar todo devastado a su paso; además, no me fío ni de cuando gotea sin intenciones aviesas, siento que me erosiona el cerebro con sus pequeñas palabras.

—Soy de mi pensamiento, de mi alma.

—Si tu alma está en tu pensamiento podría abrir tu cabeza y ponerla en una balanza. Es solo carne, ya lo he dicho.

—Ah... como quieras. Todos pensamos diferentes, no te juzgo.

—A mí eso no me preocupa. —pronuncia distraídamente, como si su dicción clara de la segunda palabra hubiera sido casual. Un escalofrío me recorre ¿Cómo dos letras dichas con un fútil énfasis son capaces de hacerme saber que alguien me conoce mejor que yo mismo?

Un silencio demasiado prolongado da rienda suelta a mis pensamientos, pero eso me aterra, así que hablo, aunque no tenga nada que decir.

—¿Has venido hoy para confesarte? —pregunto con cierta ilusión. Aunque sepa que la respuesta será negativa, en mi corazón siempre habría sitio para un poco de fe en un "sí" de este muchacho.

—El día que yo me confiese será el que vayas tú a un prostíbulo —una carcajada armoniosa tras esas palabras chirriantes en la casa de Dios.

Me santiguo, espantado, y no quiero ni imaginar tamaña locura.

—Por favor, yo jamás iría a un lugar así. —digo casi entre risas yo también; ahora que estoy más sosegado esa imagen no me horroriza tanto, sino que resulta tan ridícula que la veo como algo cómico.

—¿No? Pensé que un tipo como tú estaría muriendo por dentro por el cuerpo de alguna mujer y probarlo ¿No te duele el voto de castidad?  
—pregunta, socarrón; pero por una vez su sonrisa no me intimida y devuelvo el gesto sin miedo alguno.

—Ni lo más mínimo. —sabe que no miento por la firmeza de mis palabras

Me siento poderoso, creo que le he sorprendido; incluso me tomo la libertad de pavonearme, avanzando un paso hacia él. No luce impactado, pero debe estarlo. Él inclina su cuerpo hacia delante de nuevo, haciéndonos quedar extrañamente cerca.

Estoy seguro de que a esta distancia suceden muchas cosas, pero no conversaciones.

Pero no me alejo, es la primera vez que no me ha sorprendido, obligándome a confesar verdades incómodas, así que preferiría disfrutarlo un poco más.

—¿No?

—No. —él estira sus labios, maquinando algo que no sé qué es pero que no me gusta.

—¿Y cómo es eso? ¿Acaso no tienes nada ahí abajo? —pregunta riéndose infantilmente y aunque me ofende un poco, simplemente lo ignoro.

Él es así, no puedo cambiarlo; tampoco querría hacerlo.

—No hay nada en las mujeres que pueda interesarme, solo es eso. A veces pienso que es hacer trampas o algo así, pero el voto de castidad no es nada para mí; de hecho, preferiría no haber visto ninguna mujer desnuda nunca, me desagradan —aclaro mi voz tras hablar, pensando que quizá he sido rudo con las chicas y me siento algo mal por ello en cierto modo.

Las mujeres son obras de Dios y piezas de su arte ¿Por qué a mí me repugnan tanto? Me duele no poder apreciar la obra de mi señor en todo su esplendor, pero mientras vea belleza en cualquier otro lado podré sobrellevarlo. ¿Y qué mejor lugar para lo sublime y hermoso que unos iris esmeralda?

—Alto ahí ¿Entonces has visto a mujeres desnudas? —Sonríe como si en eso hubiera motivo de orgullo y yo asiento penosamente. Ojalá borrar esos recuerdos de mi cabeza, arrancarlos de mi carne y que mi alma los olvide —¿Cómo es eso posible?

No me molesto por la insinuación, simplemente pienso que quizá es buena idea explicárselo. Puedo ser sincero con él; con Dios también, pero la diferencia es que el todopoderoso debo y... hay que admitir que las palabras, sin el peso del deber con ellas, sientan mejor, escapan mejor e incluso suenan mejor, más verdaderas.

—Vi a mi madre, mientras trabajaba. También a algunas compañeras tuyas. Yo era un niño, pero entendí que sucedía y desde entonces los cuerpos femeninos me repelen. Una lástima que mi hermana no sintiera esta misma aversión por el sexo... —suspiro ante la idea de una vida en la iglesia llena de amor fraternal, en vez de soledad.

Si ella hubiera decidido venir conmigo las misas no serían tristes y ella no estaría anclada en una cama de hospital. Pero el destino no se puede cambiar, yo ahora solo puedo rezar por ella y, si me queda tiempo, por mí.

—Supongo que es raro que lo considere algo bueno, pero el sexo me asquea.

—Vaya, parece que tenemos algo en común entonces.

—¿Te refieres... —abro los ojos con desmesura, alegrándome por esa buena nueva que me sobreviene ¡Aleluya, aún hay salvación para él!

—Las mujeres me dan repelús. —comenta sacando la lengua en un visaje asqueado y a mí los ojos de me iluminan.

—Que bien, pensé que no había forma de salvarte del infierno, pero si el sexo no te atrae aún hay esperanza. —exclamo acercándome todavía más a él y estrechándolo entre mis brazos.

Su cuerpo se siente inofensivo, menudo y delgado ¿Por qué tiempo atrás me inspiraba tanto respeto?

La respuesta viene sola cuando desliza un dedo por la línea céntrica de mi espalda y ríe grave en mi oreja. No se aleja de mi abrazo y yo estoy estático en él, atrapado en mi posición y mi miedo.

—¿Quién ha hablado de sexo? No me gustan las mujeres, pero ¿Quién las necesita para el sexo habiendo en el mundo hombres como tú? —cómo no, Lucian está metido de lleno en las peores perversiones que mi mente es capaz de concebir.

Es, a los ojos de Dios, un monstruo ¿Por qué a los míos luce como arte?

Trato de apartarme de él con toda mi voluntad, pero el cuerpo no me responde y tampoco se me altera, sus dedos recorriendo mi espalda son

la panacea de mis nervios y comienzo a dudar de si lo quiero lejos de mí.

—Que Dios me perdone por seguir queriendo salvarte... —digo con un hilo de voz. Mis tonos oscilan entre el chillido y la ronquera cuando su dedo se desliza hasta mi nuca y sigue acariciando ahí.

Me vuelvo inestable cuando posa sus manos sobre mí; trato de rezar un padre nuestro internamente, pero no solo ha roto mi voz, sino el hilo de mis pensamientos también. No recuerdo mis plegarias, pero jamás olvidaré lo mucho que arden sus caricias.

—No me dirá usted, padre, que no prefiere poner los ojos en el cuerpo de hombre antes que en el de una dama. —asiento con el cuello rígido por mi confesión, intentando convencerme de que no tiene nada de malo. No me gusta mirar mujeres, eso no implica que me gusten los varones.

Siento las articulaciones oxidadas y el cuerpo pesada, moverse es un suplicio y me pregunto cómo hace Lucian para ser grácil como una pluma y viajar por todo mi cuerpo. Acaricia mi pómulo y el efecto de sus dedos está en mis piernas, haciéndolas temblar. Mira mis ojos y se me estruja el corazón.

Respira sobre mis labios y el vientre me arde en una vorágine de deseo y temor.

—Y supongo que también prefiere poner los labios en un hombre ¿No es así?

¿Qué? Mis pupilas se dilatan por sus palabras y no comprendo si es el impacto de su significado o de su verdad lo que me hace permanecer estático. Pero, aunque lo veo ladeando el rostro y aproximando esa galaxia de pecas de su piel, no me aparto ni un milímetro.

Peco al cerrar los ojos porque sé, de algún modo instintivo, que no necesito ver para sentir; entonces noto algo mil veces más arrasador que la fe, más sólido que mi razón y más acogedor que el cielo: un beso. Un simple beso.

Algo pequeño, nimio como el roce de los labios, banal como la piel que choca contra la piel, pero en su insignificancia, más poderoso que la convicción de toda una vida y las creencias de siglos enteros.

Diría que mientras sus labios se mueven sobre los míos en un ritmo que casi puedo escuchar junto al tambor de mi pecho, me olvido de mí mismo, pero eso sería mentir: Mientras nos besamos, es cuando siento me he encontrado.

Las palmas de mis manos pican en el deseo de estrujar su carne y aferrarlo a mi hasta que nuestros cuerpos sean uno. Mi lengua arde de deseos de encontrarse con la suya en una húmeda y prohibida caricia. Mis labios hormiguean pidiendo por más y los suyos se mueven con voracidad y afán, saciándome.

Ahora mismo creo que si abriese los ojos, no vería más que lo mucho que lo quiero seguir besando por siempre; el deseo me ciega.

El deseo... ¡No puede ser! Es solo eso, deseo, carne, tentación ¡Debo huir de ello, salvar mi alma, aunque mi cuerpo llore!

Me alejo lentamente de él, tambaleándome por las escaleras, borracho de la boca de un hombre; mi cuerpo se siente lamentable, los labios hinchados parecen desgarrados por la brusca separación y pulsan contra el aire vacío pidiendo alguien que los arrulle con su aliento.

Limpio mi boca con el dorso de la mano, pero la sensación no desaparece. Necesito más y ahora que he caído en la tentación siento que Dios ya no podrá perdonarme y aún esta gran pena, el dolor no desaparece. Me arrancaran del cielo, arderé en el averno y la salvación por la que llevo luchando toda mi existencia no se me concederá y, aún todo el horror de mis pensamientos, el anhelo de sus labios no puede ser borrado por mi desgracia.

Con los ojos anegados por las lágrimas veo su figura como un borrón en el espacio moverse hacia mí y pasar a mi lado. Se va, se aleja de aquí sin querer tomar más que un muerdo de mi perdición y yo me siento desesperado y alegre por su marcha a partes iguales.

Mi señor ¿Por qué no me advertiste de que el calor de las llamas del infierno no duele, sino que nos hace adictos?

Viene del infierno esta llamarada y hacer arder el sur de mi cuerpo con una intensidad que necesita ser atendida. No comprendo que sucede, pero mi cuerpo actúa solo para sanarse.

Flaqueo y caigo de rodillas frente a la frialdad de una estatua muerta y tenebrosa.

Jesús me mira desde la cruz con sus ojos de mármol y aunque yo aparto la mirada sus pupilas pintadas siguen el camino de mis manos bajo la sotana; juzgan la forma en que mis dedos buscan el calor, la necesidad hecha carne y erguida en busca de atención y clemencia; de un placer que hasta ahora no sabía, pero llevaba años necesitando.

La corona de espinas aprieta su cabeza y gotas de sangre en perpetua caída adornan su rostro; el mío, lastimoso, está perlado de sudor y aprieto

mi mano contra la pasión que alza en mi entrepierna.

Un jadeo escapa de mi boca y el eco me tortura, mi voz lujuriosa rebotando en los murales de los santos impresos en la pared y volviendo a mí en forma de reproche. No puedo aguantar más, la mente se me nubla, los ojos se me humedecen y la fe me tortura por lo que estoy haciendo.

Subo y bajo, apenas un movimiento culpable y erótico y siento los ojos de mármol sobre mí ¿No harías tú lo mismo si no tuvieras las manos atravesadas por clavos? ¿Quién podría evitarlo? ¿Quién? Maldita sea...

Muerdo mi labio acallando el grito que pugna por salir y como Jesús, siento la sangre bajar por mi piel; se desliza por la garganta y el pecho, sacudido por violentas y profundas respiraciones. Y más abajo siento escurrirse entre mis dedos algo de mí, más indigno, pero tan cálido y pecaminoso como el carmín que brota de mi labio.

Miro arriba, con sangre en el rostro y semen en mis muslos; Jesús me mira, me mira igual que lo hizo desde el primer día, sus ojos no son diferentes ahora que cuando rezaba; siempre me juzga, siempre me juzgó.

Veinticuatro. Aunque mi hermana esté enferma y hace un par de horas me hayan llamado para comunicarme su empeoramiento, ahora mi debería estar llorando por Dios, no por ella, ni por mí, ni por nadie más. Veinticinco. No debería dudar de Dios, de su omnipresencia u omnipotencia, de su bondad y del esmero con el que me dio esta vida por la que luchar. Veintiséis. Debo arrepentirme por caer en las garras del demonio y disfrutar del tacto de sus dedos, porque quien pensó esas cosas antes era mi cuerpo, no mi espíritu. Veintisiete. Y si mi cuerpo peca, él lo pagara bajo la mano justiciera de mi alma, porque mi señor ya ha hecho suficiente. Veintiocho. Lo siento Dios. Veintinueve. Lo siento. Treinta. Quiero sentirlo, de veras.

El flagelo cae al suelo junto a un goteo intermitente. Mármol inexpresivo me observa con la frialdad de lo que jamás estuvo vivo; mañana tendré que limpiar de nuevo, salpicaduras de sangre lo llenan todo y marcan mi camino como un rastro.

La piel cuelga hecha jirones desde mi espalda y aunque las heridas duelen y siento el corazón a punto de reventar, sé que un beso podría calmar toda esa furia divina. Y me pregunto ¿Señor, es acaso él más fuerte que tú?

Sonríó nada más verlo. Ha sido un día horrible, más que los anteriores y eso que pensé lo mismo cada mañana. Quizá entre tanta miseria él pueda traerme de vuelta algo de mi antiguo optimismo; o quizá solo se encargue de hacerlo pedazos totalmente. En el fondo esa posibilidad debería asustarme, pero siento que da igual.

Que todo da igual, que nada importa. Pero, aunque nada lo haga le sonrío y le saludo como si no fuera así y me extraño, por qué yo no sé fingir.

—Muy chistoso. —le digo mirándolo de arriba abajo y señalando con el índice su cabeza.

Siempre con ropas rotas, de cuero y negras, pero el gorro navideño rojo chillón y con un reno dibujado en él es la guinda del pastel hoy y debo admitir que lo agradezco. Me duelen las comisuras con la primera sonrisa que me arranca; creo que me estaba oxidando al buen humor.

—Feliz navidad, padre. —dice él con su típico tono ya tan común para mí que no me alerta. Entonces se sienta a mi lado y por primera vez el silencio no me incomoda.

El gentío se escucha de fondo como una nana que nos arrulla y siento que tras noches de insomnio ahora que tengo su presencia podría quedarme dormido en su hombro.

—¿Los reyes te van a traer algo este año? —pregunto al verle confiado y callado.

—No, he sido un chico malo, lo sabes bien. —esta vez sí me incomoda la forma en que mira mis labios y habla moviendo los suyos como una danza hipnótica. Recuerdo el beso robado, que para él no significó nada y para mí el fin.

Aparto la mirada, recordando que, aunque me sienta bien a su lado, jamás estaré seguro. Entonces caigo en la cuenta de algo que me intriga.

—Lucian... ¿Cómo me has encontrado? —alzo una ceja mirándolo y después mirando al frente para remarcar las calles transitadas, cubiertas por una fina capa de nieve blanda y luces artificiales de todos los colores.

Son pocas las veces que bajo al pueblo e incluso en Navidad suelo quedarme solo en la iglesia. Que hoy esté aquí es una casualidad que incluso a mí me sorprende ¿Cómo lo ha sabido él? Tan siquiera lo he planeado; solo paseaba y me desvié sin darme cuenta, como movido por

algo que siento y no sé explicar.

Una polilla que vuela hacia luces navideñas porque le parecen risueñas y felices.

Se encoge de hombros, después ríe. No sé por qué lo hace ni que esconde detrás de sus dientes perlados, pero temo esa verdad tanto como la deseo. Cómo a él.

—De veras, esas cosas que haces dan miedo a veces.

—Dios es omnipresente ¿No has pensado que quizá soy él? —una carcajada pugna por salir, pero la reprimo, no debo reírme de mi señor aunque la imagen es sumamente cómica.

Que él sea un enviado del señor para ponerme a prueba es algo que ya dudo, pero ¿Que él sea el señor? Antes creería que Jesucristo fue quien traicionó a Judas.

—Lo dudo tantísimo.

—Eso es bueno.

—¿El qué? —digo ladeando la cabeza. Me temo que hemos vuelto al punto donde él habla de cosas que yo no entiendo y mi pobre cerebro se calienta intentando seguir el ritmo.

—Dudar. Solo así se conoce.

—Pero eso es contradictorio...

—Como todos nosotros. —su sonrisa se empequeñece un segundo y juro que sin luces de por medio veo un destello de melancolía en sus ojos. Es solo un instante que desaparece tan rápido que dudo de él, pero en el momento me atraviesa como un rayo de verdad.

Una verdad tan absoluta que su presencia me adormece la lengua y eleva mi cerebro a un lenguaje que no conozco.

—¿Q-Qué?

—Somos contradictorios, necesitamos serlos. Sería triste no luchar, ganar y perder contra nosotros todo el rato ¿No crees? Creo que estás luchando muy bien esta vez...

—No entiendo a qu-

—No entiendes, pero sabes. Es lo único que necesitas, así que déjalo ya.  
—suspiro y dejo el tema, sé que es inútil y que de una forma u otra mi tiempo junto a él es limitado así que pienso que es mejor no malgastarlo.

—Lo dejo, lo dejo... —dijo alzando las manos como signo de rendición. Él las mira apático y me extraña, pensé que al desistir él reiría como siempre, pero es extraño e imprevisible —Dime ¿Que te trae por aquí?

—El espíritu navideño —el sarcasmo impregna sus palabras mientras sacude la cabeza haciendo danzar la bolita blanca que corona su gorrito  
—¿Y a ti?

—No lo sé. No me apetecía quedarme en la iglesia así que salí a pasear.  
—digo bajando mis ojos al suelo; debería dolerme admitir que la casa de Dios no me resulta acogedora esta noche, pero no es así. Es verdad y la verdad, a veces, no duele: libera.

—¿Y eso? Muchos pensamientos fuertes en un sitio silencioso ¿No es así?

—Lo es... —admito hundiendo mi rostro en mis manos y apoyando los codos en mis rodillas.

Él pone una mano en mi hombro, para reconfortarme y yo siento las cicatrices de mi espalda arder. Pero el maldito calor se disipa y, de nuevo, se funde en toda mi piel.

Maldita sea.

—¿Acaso Dios te está poniendo muchas piedras en su camino? —asiento sin voz; se burla de mí, pero eso no significa que no se preocupe, ni que yo no desee ser sincero- Entonces quizá deberías probar otro camino.

—No, gracias. Aprenderé a sortear esas piedras del señor. —comento riendo ante su insistencia. Él sabe que no me cambiaré y que ya me he habituado a sus propuestas, entonces ¿Por qué lo intenta de nuevo? Solo puedo pensar que es como un niño y eso hace que lo vea ciertamente más tierno.

—Por la cara que tienes más bien son pedruscos. —asiento algo entristecido y me relajo un poco cuando aparta su mano de mi hombro. La anhelo, pero no la pediré, no puedo controlar mis deseos pero si mis actos. No estoy seguro de si está mal que mis ojos sigan su mano mientras mi piel se esfuerza por no olvidar su tacto masculino pero suave  
—Y dime ¿Que son esta vez?

—Dinero y... mi hermana.

—Ah, esto ya es un clásico ¿No es así?

—Supongo... —él permanece callado observándome. Quizá espera que me explique, quizá solo pretende incomodarme, pero de todos modos necesito hablar con alguien y sé que me escuchará a pesar de lo retorcida que es su cabeza cuando mete en ella mis palabras —Mi hermana cada vez está peor, así que es más costoso el tema de la clínica. A mi cada vez me dan menos dinero y en el pueblo no me quieren ofrecer trabajo alguno. Parece que el "cura solitario" no tiene buena reputación, incluso se han inventado leyendas de que soy un monje loco que ora por las montañas y habla con los animales.

—Tan desencaminados no van.

—Pues quizá no... —sigue observándome con su característica sonrisa. Estamos cerca de la terraza de un bar y es de madrugada, así las risas de las familias llegan a mis oídos como un recordatorio de que la mía fue una carga y a día de hoy lo es —No sé qué hacer con lo del dinero ¿Tú trabajas en algún sitio donde yo...

—Claro, le diré a mi jefe sobre ti. —de repente una llamarada de felicidad me inunda el pecho en un calor diferente al que él me suele hacer sentir; ya no ardo, solo me siento cálido y abrazado por una esperanza que creí perder —O si lo prefieres puede darte su número. Es el seiscientos sesenta y seis.

Mi cuerpo vuelve a helarse y el rostro se me queda pálido. El candor se aferra a mi carne y la fe lo abandona un poco. Su carcajada irrumpe entre las demás y aunque más estridente y cruel, también suena más hermosa.

Maldigo mi destino a veces, otras olvido quien soy con un simple sonido.

Mi tripa ruge estruendosamente y cubro mi estómago con los brazos; el rostro rojo y bajo el escrutinio de Lucian.

—Hambriento, ¿eh? —asiento ante la obviedad y deja escapar una risa extraña —Pues mira eso. —ordena con la voz disonante por una risa que pugna por salir.

Sigo la dirección a la que apunta su índice y el estómago se me encoge. A estas horas solo queda una familia en la terraza del bar. Dos mujeres y una niña.

Pero lo que más aberrante me parece en ese momento no es ver como dos chicas se aman creyendo que está bien y crían a una criatura de Dios bajo un monstruoso deseo; no, lo que me hace querer llorar es ver la forma en que la niña juega con la comida, lanzando trozos de pan o de

carne al suelo simplemente porque no le gusta.

Las madres (¿Madres? dudo que merezcan ser llamadas así dichas raptoras perversas. Comprendo la fuerza de la tentación y me apiado de su poca voluntad, pero involucrar a un infante en algo así es una ignominia demasiado grande para ser pasada por alto) dejan a la niña en su berrinche y es que ellas son peores. Presionan con la mano sus tripas llenas y aunque saben que no pueden comer más piden platos costosos para probar; mientras, el camarero retira restos de comida más grandes que lo que he probado esta última semana.

—Esas sí que no tienen hambre —se jacta Lucian—, además al llegar a casa se hartarán de pescado. —me siento confuso unos segundos, intentando adivinar el porqué de esa suposición.

Oh. Me siento de inmediato horrorizado y antes de que una imagen mental se forme el asco me roe los huesos. Pienso en reclamarle al chico por su comentario, pero sé que no tiene remedio.

Poco a poco las madres recogen sus cosas y dejando el suelo sucio y el lugar solitario y desordenado, pagan y se van dando pequeños pasos.

—Qué asco dan ¿no?

—Pero ¿tú no eras homosexual? —preguntó sorprendido y, por algún motivo, su comentario llega a preocuparme ¿Por qué si eso le ayudaría a alcanzar la salvación?

—No me refiero a los gays, me refiero a los ricos. Esas dos pagan cantidades que ni saben contar para comida que saben que no pueden acabarse. Ojalá tener yo tanto dinero...

—Sí ojalá... —él me mira complacido; se lame los labios cuando me oye y entonces se levanta dirigiéndose hacia la mesa.

No espero a orden suya alguna, solo le imito y le sigo. Él no se ha sorprendido de que yo haya reconocido mi envidia; a estas alturas yo tampoco me sorprende de haberlo hecho.

Me arrepiento de mi codicia, sí, pero no puedo cambiar mi corazón.

Se deja caer en la silla causando un gran ruido; termina yaciendo sobre ella con las piernas abiertas con desfachatez y el cuerpo flácido desparramado como una muñeca de trapo. Y, aún con su desgaire y actitud odiosa, con esos gestos pasotas, esa mirada malvada y esa sonrisa tan hostil, me parece tan digno de ser arte, que tengo que apartar mis

ojos de él antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué? ¿Acaso no quieres? —doy un repullo por su perspicacia y me muerdo el labio odiando ser tan transparente ¿Acaso se ha dado cuenta?

Entonces le miro para excusarme y lo veo señalando algunos platos a medio comer que el camarero ha olvidado.

Ni siquiera me fijo en si hay o no cubiertos todavía en la mesa, mis manos van directas a agarrar la comida troceada y correosa y cuando llega a mi boca no puedo evitar llorar. Las sobras de los poderosos saben cómo el mejor manjar para mí y solo atino a preguntarme ¿Por qué? Dios nos da a todos suficiente, pero ¿Por qué a unos tanto y a otros tan poco? ¿Por qué a mí solo me da tentación y desgracia?

Me calmo después de que mi estómago deje de arder y entonces me doy cuenta de la forma socarrona en que Lucian me mira tras haberme dejado llevar.

Limpio las manchas de salsa de mi cara como buenamente puedo y trato de tragar toda la comida que estoy prácticamente engullendo como un cerdo, entonces olvido el hambre y me arde la cara como el infierno.

—Ah... que vergüenza. Debes pensar que soy desagradable y lamentable... —me lamento, pero sé que cuando el hambre sea mayor que el pudor mi cuerpo rogará por alimento penosamente de nuevo.

—Yo pienso que tú eres tú. El resto son juicios y yo, a diferencia de Dios, no juzgo ni condeno. —canturrea levantándose.

—Pero el señor nos da la salvación, el regalo del alma más grande, es preciso que juzg—

—Dios dice que nos dará algo que no sabemos que existe para nuestra alma, que tampoco sabemos si existe. Sin embargo, el placer de la carne es real y sincero. Padre, una vez me dijiste que no solo de pan vive el hombre ¿Dices lo mismo con el estómago vacío?

Tan siquiera puedo pensar una respuesta, la desesperación que me invade por la mezcla de acontecimientos me deja petrificado en el lugar: sus palabras parecen tan veraces e innegables que me atolondran y, además, se marcha lentamente despidiéndose con su típica incógnita y yo tengo miedo a quedarme solo el resto de la navidad.

Hey! Siento la tardanza en actualizar, he estado muy liada con la uni y nuevos proyectos :D

Quería avisaros de unas cuantas cosas antes de que sigáis leyendo:

-Estoy participando en varios concursos y mi historia "órdenes y desórdenes" ha ganado un par de premios en los GoD Awards :D

-Tengo facebook y twitter (solo debéis buscar mi nombre o pedir el link en los comentarios).

-Estoy escribiendo un omegaverse (se llamará "Omega ladrador, poco mordedor")

Si el tiempo se midiese en función del dinero que tengo, estaríamos en años antes de cristo. Si fuese con la esperanza pasaría algo similar.

Sentado sobre la piedra, con los colores brillantes repasando mis marcados (demasiado) contornos, siento que no tengo nada que esperar ya del mundo; sin embargo, parece que esta navidad sí tendré regalo.

Veo su figura chata pero delgada, embotada en ropas extravagantes y alarmantes; ojos grandes y verdes como enredaderas que atrapan mi alma y... una sonrisa de nieve que detrás oculta una oscuridad incierta. Siento la tentación de levantarme a abrazarlo o algo parecido, pero no tengo fuerzas para moverme y cuando lo intento él ya se ha sentado a mi lado, como pasó un año atrás.

Un año, un maldito año. No sé por qué, pero me alegro tanto de verle que doy gracias a Dios por enviármelo, incluso cuando estoy convencido de que esa ha sido tarea del diablo.

—Pensé que no... volverías. —mi voz se corta unos segundos. Me duele la garganta el nudo tira hondo hundiéndose en mí y siento un vacío doloroso en el pecho y el estómago.

Él se percata de mi angustia, lo sé por su mirada divertida cuando me falla la dicción, pero la ignora y solo actúa como si nada.

—Lo bueno se hace esperar ¿no? —ríe entonces y coloca su mano en mi hombro de esa forma tan característica que tiene.

Me da un apretón y la retira con una liviana caricia. En este punto no sé si me recuerda a las garras de un ave carroñera o al abrazo de un ángel.

—¿Cómo es que no has venido en todo este tiempo? —pregunto sin temer parecer desesperado. Ya me da igual, con él da igual; no necesito aparentar y tampoco puedo: ve a través de mí.

No le preguntaré cómo ha sabido que me hallaría aquí de nuevo esta navidad o dónde ha estado. Sé que no me responderá, pero al menos me gustaría saber el motivo de mi agónica espera.

—Oh, yo siempre he estado ahí- se burla pinchando con su índice mi pecho. Intento reír su broma, pero me siento ansioso.

Maldición. No es divertido, es verdad; aunque no del todo, quizá él no ha permanecido en mi corazón, porque allí solo está la fe (o eso espero), pero sí en mi piel y en mi cerebro; acechando entre dobleces para colarse en cada sinapsis.

—Y hablando de estar, mira quién está aquí de nuevo.

Ahugué una arcada cuando las dos mujeres se besaron y su hija solo las miro sonriendo, como si eso estuviera bien. Repentinamente me invadió el recuerdo de mi primer beso y evité mirar al culpable de ello.

Tal vez aquella aberración no estaba bien, pero se sentía bien. Correcto es la palabra. Se supone que los homosexuales están influenciados por Satán, pero ¿Por qué se siente uno tan libre, tan dueño de sí mismo?

—Parece que algunas cosas nunca cambian... —me lamento, viendo como tras pedir más platos de los que les cabe en el estómago, consienten que la pequeña juegue con el pan y las patatas que les han traído por la espera.

Veo comida caer al suelo y pienso que, cuando se vayan, probablemente acabaré recogéndola como si fuera un billete de lotería premiado.

Me pregunto en qué pensaba Dios cuando creó a ricos y pobre y, a los primeros, le dio tanta maldad como dinero mientras que a los segundos solo nos quedó el aguante y la fe. Pero no debo cuestionarme estas cosas; el señor es sabio y su lógica, seguro muy sofisticada y trascendente, está lejos de mi alcance.

—Eso parece... ¿Y tus cosas? ¿Has cambiado o sigues igual? —pregunta sacándome de mis pensamientos y dando con su dardo donde más duele.

Hacerme pensar sobre mi realidad debe estar considerado tortura.

—Yo diría que han cambiado, al menos tu aspecto lo ha hecho. —se mofa

tomando mi lánguida muñeca y zarandeándola.

La piel apagada como ceniza baila cual trapo harapiento cuando la mueve; los huesos de debajo se notan tanto que las sombras que proyectan sobre lo que queda de mi carne me dan escalofríos. Ahora que apenas tengo más que pellejo y huesos me da miedo Lucian, si vuelve a encender lo que sea dentro de mí esta vez me consumiré con solo un pequeño chisporroteo.

—¿Cuánto has perdido?

—Uh... quince quilos, creo. Al menos eso fue hace tres meses, pero desde entonces he adelgazado más aún. Quizá son veinte ahora, no sé. Y también tengo ojeras y la piel como papel de lija... Estoy horrible ¿No es así —ríe apenado sabiendo la respuesta ¿Por qué me he preocupado siquiera en hacerle la pregunta? —Parezco un monstruo...

Hace un mes retiré los espejos de la iglesia, me dolía ver mi reflejo o más bien: apenas verlo. Ahora tampoco me reflejo en las superficies limpias, bruñidas con esmero: todo está sucio, descuidado y lleno de grietas porque no tengo fuerzas para limpiar el lugar ni dinero para pagar las reparaciones tan necesitadas.

—Mientras sea uno del infierno, me vale. Son los más divertidos- niego con la cabeza, cada vez sus ocurrencias me molestan menos y me divierten más; ya no tengo esperanzas de salvarlo, pero, a decir verdad, un Lucian pulido perdería su encanto- Dime ¿Esa alma cristiana tuya ha enflaquecido también?

—Ah, no. Está bien alimentada ella. —una sonrisa rota aparece en mi cara y pronto la desdibujo, los labios cortados me duelen al estirarlos y seguro que mis dientes ya están color cetrino, así que prefiero que él no los vea.

—Pues tiene poca carne donde agarrarse. —me mira de arriba abajo; agradezco que en sus ojos solo haya diversión porque ahora no soportaría que ese verde esmeralda estuviera cargado de algo como el asco —Dime ¿Tienes tú donde agarrarte?

—La iglesia se cae a pedazos... no me quedaré sin ella, al menos por ahora, pero cada vez es más incómodo vivir ahí. Apenas me llega el dinero y el poco que tengo...

—Te lo roba una chica en su cama de hospital... —la primera lágrima cae cuando le oigo mencionar a mi hermana y sus ojos recorren su camino hacia mi mejilla.

—La echarán del hospital si sigo así, no tengo donde llevarla. Morirá si eso... si eso pasa... Yo... ahora mismo estoy endeudado, si no pago en un

mes... si no pago... Mierda. —muerdo mi lengua por la palabrota que acabo de decir, pero mi boca no puede soportar la ponzoña de tanto dolor. Dios ¿Qué hago con toda esta bilis? No puedo tragarla sin más y envenenarme por dentro; —ella morirá.

—Suenan como buenas noticias. —le miro dolido. No suelo enfadarme por sus comentarios cínicos, pero ahora, mientras me ve llorar, ese ha sido un golpe muy bajo. Sin embargo, no parece querer ofenderme y mientras mis orbes anegadas le reprochan él solo saca un pañuelo del bolsillo de sus pantalones rasgados y me limpia el llanto con él.

Lo desliza suave por mi cara y noto el aroma a limpio y el tacto sedoso; me avergüenzo de mí mismo, de mis harapos hediondos, de mi piel áspera. De lo que poco que soy en comparación a él.

—Parece que a algunos Dios le da dinero y a otros, desgracias. No suena como un buen tipo ¿Verdad? —ríe él mientras retira el pañuelo húmedo, después, aunque mis lágrimas se detienen, me acaricia con la palma de su mano y me sonrío como a un niño —, pero no está bien hablar mal de alguien que ya ha muerto y por lo que sé, Dios ya ha muerto.

—Dios no nos da lo mismo a todos, pero nos da suficiente. Hay que estar agradecido. — digo cerrando los ojos mientras un largo suspiro se me escapa. —Lo segundo que has dicho... no creo que sea buena idea siquiera discutirlo. —su tacto abandona mi piel y siento que, con su piel, se lleva todo el calor que quedaba en mí.

Miro a las dos mujeres marcharse de nuevo dejando un festín de sobras a sus espaldas.

Si yo tuviera esa riqueza haría del mundo un lugar mejor; un lugar mejor donde yo pudiera vivir tranquilo con mi hermana, lejos de los recuerdos y el dolor. Un segundo cielo.

—Vaya, pues parece que Dios te ha dejado un regalito.

Salgo de mi ensimismamiento al oír esas palabras, señala al mismo sitio, solo que ahora la familia (de veras creo que no puedo llamar así a tal grupo de monstruosidades) ya no está. Se han marchado dejando la mesa sucia y las sillas desordenadas. El camarero ha entrado en el local y no logro ver nada especial.

—En el suelo. —aclara Lucian con voz irritada; aguzo la vista y veo un pequeño rectángulo oscuro, de piel al parecer.

Mi cerebro cansado tarda unos segundos en procesar qué es, los suficientes como para que Lucian se levante, silencioso, y traiga el objeto en sus manos. Lo lanza a las mías y lo recojo preguntándome si es lo que

creo.

Contemplo una cartera tan cara que me costaría meses (sino años, sin exagerar) pagar y siento que su tacto entre mis dedos es de mayor calidad que el de las ropas que me resguardan pobremente del frío.

La lanzo al suelo por puro impulso, como si me quemara al tacto y Lucian se parte de risa por mi inocente gesto. Me horrorizo hacia lo que significa tener esa cartera en mis manos; o más bien dicho, mantenerla en ellas.

—No estarás insinuando....

—¿Yo? Si se te ocurre algo malo ha salido de tu cabecita, amigo. —dice sacando la lengua y pinchando con su dedo mi sien.

Me escandalizo al pensar que es cierto, que la posibilidad del hurto no la ha mencionado nadie más que yo mismo y recupero la cartera, más sosegado ahora.

—Hay que ir a devolvérsela- dijo levantándome del sitio.

Lucian toma mi muñeca y tira hacia él, haciéndome flaquear. Caigo de nuevo en mi anterior lugar y le veo relajado, acomodándose en el suelo.

—Se han ido hace un rato, no las alcanzarás y menos con esas piernas de palillo. Mira dentro, si hay DNI puedes llevarla a la policía para que la devuelvan.

—¡Buena idea! —exclamo sorprendido por su cooperación, al fin y al cabo sí es un buen chico.

Me apresuro a tirar de la cremallera y cuando lo hago y separo las paredes del objeto, su interior me deja estático, con la mandíbula casi rozando el suelo.

—Vaya... —silva el otro ante mi sorpresa. ¿Por qué él no parece impactado? —No hay DNI, pero sí... ¿Qué son? ¿Dos mil? ¿Tres mil? Oh, ya sé cuánto es: suficiente para saldar tus deudas por ahora ¿No?

Muerdo mi labio y mi vista se queda clavada en esos abundantes billetes que abultan más que mis manos mismas. Tiene razón, pero está mal, está tan mal...

Pero ¿Acaso no está mal que mi hermana sea echada del hospital y muera en silencio tras luchar toda una vida? ¿Que yo me deje la piel por Dios y solo reciba de su parte hambre y desmayos de los que desearía no despertar más? ¿Que quien más lo merece, menos tenga? Acaso... ¿Acaso no está peor lo que me sucederá si dejo esa cartera donde la he

encontrado?

Es egoísta, es sucio, es vil. Sí y mil veces sí, no le negaré. Pero también es mi última opción y parece que a veces Dios se olvida de eso. Se olvida de que los humanos a los que ha creado, son, en el fondo, humano; de carne y hueso, con fe y hambre, con sueños rotos, con una esperanza que no está hecha a prueba de balas.

—Yo me voy, te dejo a solas con tu dilema, amigo. ¿O debería decir con tu decisión?

Su risa es lo único que resuena en las calles. No tengo fuerzas para despedirme y mis ojos están cansados de llorar.

Solo me quedo ahí, quieto e impassible como una estatua de mármol, solo que al final, cuando sus pasos son devorados por la distancia, guardo la cartera en mi bolsillo y me levanto para irme.

8

Sentado sobre la roca me tapo rostro con mis manos. El hace arder mi cabeza y mientras a mi alrededor andan familias felices y vuelan pedazos de papel de regalo, yo solo deseo volverme de cemento y dejar de sentirme así.

Cierro los ojos con vehemencia, apretando los párpados. Quisiera quedarme ciego para no ver más la figura de mármol que me aguarda en la iglesia. Ojos fríos y muertos, no me merezco más que eso.

Toso débilmente y me doy cuenta de que los párpados, aún cerrados, me pesan. No comprendo el porqué, duermo más que vivo, pero el sopor parece perseguirme.

—Vaya ¿Entonces es cierto que los ladrones vuelven a la escena del crimen?

Abro los ojos de golpe y me incorporo tan rápido como me permite mi maltrecho cuerpo. Miro a Lucian nervioso y después miro a los lados, indicándole con el índice en mis labios que no debe ser escandaloso.

Tengo, desde ayer, recurrentes pesadillas y pensamientos en que la policía me esposa para llevarme al calabozo por mis fechorías. Un criminal, soy un criminal. Y si no lo pago con la cárcel, lo haré con el infierno.

Lucian ríe y se acomoda a mi lado; yo estoy sudando a mares por sus simples palabras. Por suerte nadie repara en nosotros y yo puedo

destensarme un poco.

—Venga hombre, ni que hubieras matado a alguien; aunque si sigues por este camino...

—Con eso ni bromees, está muy mal. Ni siquiera es gracioso, Lucian. Por favor... —digo exasperado. Debo admitir que últimamente estoy tan irritable que incluso el piar de los pájaros me produce horribles jaquecas y me hunde el día, pero trato de contener mi tono: ahora que Lucian parece más apegado a mí no querría ahuyentarlo.

Durante todo el día siento que tengo ganas de llorar y lo único que me lo impide es que no está su hombro para que pueda hacerlo en él.

—Que me ría no significa que bromeo. Los religiosos tenéis esa estúpida manía de creer que todo lo real debe ser serio, que las tragedias se tienen que llorar. Amigo, el mal es invencible, al menos deberíamos reírnos con él.

Me dispongo a objetar que, con tal pensamiento, obviamente no sé puede vencer al mal, pero que la victoria radica en el cambio de actitud; sin embargo, me quedo con la palabra en la boca cuando veo a dos personas tan conocidas como desconocidas para mí, cuyos rostros preocupados hacen del mío uno todavía más consternado.

Ojerosas y algo pálidas, con más peso del que tenían la primera vez que las vi y quién sabe si más o menos alegría que entonces, se encaminan hacia la mesa que ocuparon ayer por la noche de navidad.

Hablan con el camarero, sujetándose fuerte las manos entre ellas y con los rostros contraídos por una mueca de disgusto ácida. Suspiran derrotadas cuando el hombre vuelve, mueve los labios en una corta frase y después niega con la cabeza; se vuelve a su puesto de trabajo, con un aire insensible y dejando a la pareja discutir en el sitio.

Los nervios crispados, los ojos cansados, las bocas gritando y las manos moviéndose con poderosos aspavientos la mitad de los cuales parecen querer señalar la recurrente mesa vacía y el suelo bajo ella.

Un sudor frío recorre mi frente y me apuro a limpiarlo con presteza. Acto seguido me levanto de golpe queriendo huir del lugar a la seguridad de mi iglesia, pero Lucian toma mi muñeca y puja hacia abajo haciéndome flaquear y caer en el acto.

Lo miro nervioso, sus dedos aún enroscados en mi muñeca como una serpiente constriñendo su presa.

—Por favor, debo irme. —suplico en voz baja. Miro de nuevo, sus dedos parecen aflojar el agarre, pero de golpe se burla de mí, volviéndolo más férreo.

¿Cómo este muchacho menudo puede tener tanta fuerza ¿O acaso yo me he debilitado más de lo que creí? Da igual, no es momento de pensar el por qué.

Lo que me interesa es irme de ahí, de una forma u otra. Lo necesito más que el oxígeno, siento que me quedo sin aire.

—Sin prisas, padre. Yo estoy muy bien aquí, quedémonos —su voz resuena de forma demoníaca dentro de su garganta y mi cuerpo entero tiembla causándole una carcajada.

Veo que ambas mujeres se funden en un abrazo reconciliador y contengo la respiración esperando realmente verlas irse por dónde han venido. Y eso hacen.

Una mira de soslayo hacia el paisaje que están dejando atrás y de golpe se detiene. Cortan mi suspiro aliviado, dan pábulo a la carcajada del hilarante monstruo a mi lado y después de hablar de algo que no puedo adivinar, reanudan su marcha; solo que ahora, vienen hacia mí.

Siento la boca pastosa y seca cuando avanzan el tercer paso y las manos heladas y húmedas al cuarto. Cuando alzan la mano levemente para saludarme el estómago se me revuelve y deseo vomitar. La cabeza me da vueltas y deseo desmayarme cuando me saludan con sus voces apagadas.

—Hola, padre. Disculpe, pero estamos buscando una cartera que se nos cayó ayer por aquí. —sonaba como un ángel. Ojos claros y cabellos de oro, tristemente cortos como los de un chico, pero no hacía su voz, apenas audible por el cansancio, menos angelical. ¡Maldición! ¿Por qué todos los demonios con los que me topo parecen tan engañosos?

—Llevábamos el dinero que íbamos a necesitar todo este primer mes...

—un nudo en mi garganta me hace meter un par de dedos dentro del cuello de mi atuendo y siento el remordimiento darme punzadas en la boca del estómago.

Estoy rígido de cara a ellas, pero sé, sin mirar, que Lucian debe estar sonriendo cual niño pequeño.

—Lo sé, es una imprudencia. Ahora seguro que hemos aprendido la lección. —intenta esbozar una sonrisa, pero falla cuando sus comisuras caen y sus ojos miran a la nada unos instantes. Una breve pausa por culpa de sus cavilaciones se ve interrumpida cuando prosigue —Me gustaría saber si ha visto usted a alguien cogerla o si le suena haberla

visto en el suelo hace algunas horas o... lo que sea.

Carraspeo entonces y me volteo un segundo. Cuando le miro a los ojos estos se llenan con burla y entonces suelta mi muñeca de forma sarcástica, como si aún tuviera tiempo de escapar.

Volteo de nuevo a las chicas, que por alguna razón parecer reparar únicamente en mi (o no querer relacionarse con mi acompañante por su aspecto poco amigable) y niego con la cabeza.

—No... no, la verdad es que no me he fijado... no creo que haya visto nada relacionado con eso... lo lamento... —eso último es la única verdad entre mis palabras, sin embargo, es aplastante y hace doler mi pecho cuando ellas agradecen penosamente y se marchan con menos ánimos que antes.

—Mierda, yo... ya me he gastado ese dinero en lo de mi hermana... —me excuso mirándolo cuando nos quedamos solos. Pero él no me ha pedido explicaciones, jamás lo hace. No las quiere, no las necesita —Si hubiera sabido que ellas también lo necesitaban... si solo lo hubiera sabido...

—Lo habrías robado igual. —sentencia él con desfachatez. Mi ceño se frunce al instante ¡Yo no soy así, no lo soy!

—¿Qué?! ¡No, yo jamás-

—Tranquilo. —dice despreocupado, cerrando los ojos antes de tumbarse sobre el incómodo pavimento —No digo que seas un ladrón, aunque lo seas. Digo que eres alguien que lucha por él mismo. En el fondo el prójimo no importa una mierda.

—No soy así... no soy egoísta... al menos no quiero serlo...

—¿Qué tiene de malo?

—¿Que qué tiene de malo? Es horrible, un mundo donde todos miremos solo por nosotros mismos y no por los demás. Dónde solo nos interese nuestra propia persona y el amor sea solo propio... Suena como el infierno.

—Quizá, pero se llama realidad. —trago saliva sin ganas de debatir con él. No me siento preparado para una derrota más. —Da igual cómo debería ser el mundo, da igual cómo sean los ideales. Solo existe la realidad, así es mejor unirse a ella. Suena mal, pero al final te aseguro que es algo que se disfruta mucho.

—Lucian... —digo cambiando de tema, no porque no desee oírle más (en cierto modo casi siento que lo necesito) sino porque siento que la cabeza

me estallará si sigo pensándolo yo solo —¿Crees que deba entregarme a la policía?

Él sonríe y una de sus cálidas carcajadas no se hace de esperar.

Su felicidad se apaga, quedando solo impresa en su rostro y sus misteriosos ojos; después hace una pausa en la que me mira de forma indescriptible e indescifrable para mí y responde.

—¿Y cuál es tu crimen? ¿Querer vivir? Eso puede que sea un pecado para tu Dios, pero para el mío es un derecho. Entrégate si quieres, eres libre de cometer tamaños errores ¿No es así?

—¿Tu dios? —pregunto quedándome a media frase, incapaz de procesar aquellas palabras que casi parecen contradictorias —¿Quién es tu dios?  
—él sonríe y abre sus brazos con magnificencia ante mi curiosidad.

Por la envergadura de su gesto y la gran expresión con que lo hace mi inocencia me lleva a plantearme la posibilidad de que un ser sobrenatural emerja de su llamada.

—Estás hablando con él ahora mismo. —tuerzo mi cabeza con confusión y hago un amago de mirar a los lados para encontrarme con la supuesta divinidad, pero entonces él, con hastío, me lo esclarece —Yo soy mi dios, y eso debería ser así para todo el mundo. ¿Sabes? Solo me sirvo a mí mismo, solo me obedezco a mí. ¿Sabías que yo también tengo un cielo? Se llama felicidad, mi felicidad.

Me quedo pensando superficialmente en sus palabras sin responderle, pero a él no le incomoda el silencio, es más, gracias a él sabe que ha logrado su objetivo de sumirme en cavilaciones tan profundas que podría seguramente ahogarme en ellas. Y por eso me da miedo pensar en sus palabras, porque me empapan, porque si las repito una y otra vez se vuelven fuertes y ganan sentido.

Porque estoy aterrado de comparar su palabra con la del señor y darme cuenta de que este maldito crío tiene razón.

—Creo... creo que no me entregaré a la policía. —susurro un rato después; mucho, a decir verdad.

Me sorprende que el jovencito haya pasado horas aguardando a mi lado sin borrar su sonrisa, únicamente observándome luchar contra lo que creo. Y ahora, tras la interminable espera, él decide irse, como si realmente hubiera pasado la tarde entera acechando mi respuesta y nada más.

Ya me da igual lo que suceda en mi vida, creo incluso la muerte se me hace deseable y no solo eso, sino que también se me sugiere cercana. Doy lástima, tirado en el suelo de la iglesia, hecho un ovillo entre polvorientos escombros con la sotana roída y empapada en lágrimas; la voz hecha añicos, delirando por si el llanto no es capaz de expresar por completo mi dolor.

Pero ¿En qué estoy pensando? Las palabras jamás lo harían tampoco; del mismo modo en que las palabras no pueden consolarme.

Y Jesucristo sigue en su cruz de mármol, casi parece cómodo, mirándome con hastío y abulia. Ojos de mármol, malditos ojos de mármol. Ya no puedo ver en ellos una sola mirada, es verlos y la náusea por el material me invade cual espíritu maligno poseyendo mi cuerpo.

¿Qué más da? En menos de medio año habrán hecho la estatua añicos y, quién sabe, quizá pongan un centro comercial y el sitio de Jesús lo ocupe un maniquí. Tampoco habría demasiada diferencia.

Ignoro sus pasos, ahora ya siento que ni su presencia puede hacerme ver una luz en la tremenda oscuridad en la que estoy metido.

—¿Qué haces, uh? —pregunta él parándose frente a mí. Sus pies embutidos en botas relucientes burlándose frente a mi rostro y su torso levemente inclinado hacia abajo para observar mejor mi miserable posición fetal.

—Llorar por que ya no me queda nada más que hacer. Adelante, ríete si quieres. —le invito mientras dejo caer mi cabeza de nuevo contra el suelo obviando el golpe y mirando de forma distraída como mis lágrimas se meten entre las baldosas.

—Oh, no necesito permiso para ello. —afirma exhalando una leve risilla antes de sentarse de piernas cruzadas justo frente a mí.

Verlo, ahora después de casi medio año, me tortura. Los recuerdos, junto a los anhelos, queman mi piel y mi alma; además se ve tan bien, aseado, arreglado y profundamente atractivo de una forma en que solo son atractivas las cosas que uno no puede tener, como lo letal y lo efímero. Mierda, está tan hermoso que con solo pensar en compararlo con mi penoso estado rompo a llorar de nuevo.

—Y dime ¿Qué es lo que te hace llorar hoy? —pregunta mientras estira su mano para acariciar mi cabeza como si fuese un cachorro.

No lo hace para consolarme, lo noto en la falta de lástima de sus ojos, sin embargo, tampoco está siendo irónico; solo parece actuar por instinto.

—Lo mismo de siempre, solo que elevado al cubo. —digo mientras cierro los ojos y trato de disfrutar de sus yemas sobre mi cuero cabelludo. Sé que tengo el pelo sucio y repugnante, pero mientras a él no le importé yo intentaré no pensar en ello.

—Entonces... ¿Hermana, iglesia y hambre? —dice con una sonrisa amplia pintada en sus labios. Maldición ¿Por qué no me molesta?

Tan... tan contradictorio.

—Y dinero, no te olvides del dinero. —añado con amargura, pero tan pronto me escucha se echa a reír.

—El dinero es la madre de esas tres —dice entre risas—, no hace falta que me lo digas, padre. —lo miro intrigado, hacía mucho que no me llamaba así y aunque antes deseaba con toda mi alma recibir ese nombre honorífico, ahora me siento incómodo con él ¿Lo sabrá acaso Lucian?

Debo dejar de pensar de forma tan paranoica. Quizá todo es coincidencia, azar; incluso yo, incluso nosotros.

—Venga, desahógate. —me insta dando un par de palmadas amistosas en mi hombro. Modera muchísimo la fuerza e intuyo que debe haberse percatado de mi delgadez, más preocupante que la de la última vez que nos vimos.

Ahora mis ojos parecen flotar sobre mis cuencas y las mejillas están tan hundidas que proyectan sombras fantasmales. El resto de mi cuerpo hace tiempo que no lo veo, evito hacerlo y por ello lo escondo bajo muchas capas de ropa, sin embargo, la visión eventual de mi cara es inevitable.

—Es gracioso, incluso parece que vaya a confesarme o algo así, y eso que llevo meses pidiéndote que te confieses.

—Pues sí que es gracioso. Al parecer sí estás ganando algo, el sentido del humor. —declara con sarcasmo, dedicándome una falsa sonrisa dulce. Por algún motivo hasta tengo ganas de acompañarlo en su ulterior carcajada.

—Entonces, ¿quieres que te cuente? —él asiente de forma serena y sincera.

Jamás sabré por qué se interesa así por mí; no obstante, lo agradezco cada día.

—Vuelvo a estar endeudado como el que más con lo de mi hermana, ella se pone progresivamente peor y el precio del tratamiento aumenta más y más; y para colmo me van a quitar la iglesia y con ello mi sustento económico. Vendrán dentro de un par de meses a sacarme a rastras de aquí y dejarme tirado en la calle como un perro viejo. Un par de meses más y a mi hermana le harán lo mismo.

—No suena como una reunión familiar demasiado agradable. —dice él mientras sigue con sus dedos enredados en mi cabello; dándole sosiego a mi cuerpo y enturbiando mi alma con sus palabras y, sobretodo, con las que arranca de mí.

—No sé qué voy a hacer... —insisto en mis penas, mirándolo desde abajo como si de un ángel salvador se tratase; y en cierto modo realmente deseo que me ayude a salir de este pozo.

—Entonces averígualo. Tú eres el único que va a hacer algo por ti.

—¿Y tú qué? Me vienes a ver y me escuchas, haces algo por mí. La gente no es tan mala, tú no lo eres al menos.

—¿Yo? —pregunta señalándose con el dedo. La respuesta es obvia y por ello estalla en carcajadas. Segundos antes parece perplejo y eso me impacta a mí también, más reflexiono un poco y por la exageración de su visaje sé que simplemente finge sorpresa —¿Y quién te dice que esto no lo hago por mí?

—Pero... ¿Qué sacas tú de esto?

—A ti. Te saco a ti. —dice risueño. Voy a objetar algo, sin comprender del todo sus palabras y exigiendo una explicación, pero se me adelanta —Es algo muy obvio, no es culpa mía que seas un pobre ciego de las voluntades primordiales. —de nuevo, palabras confusas me golpean hondo y temo que al pensarlas pesen por su certeza —Padre, nadie hace nada por el otro. Ni siquiera tu amiguito imaginario. —sentencia con una sonrisa malevolente mientras apunta al cielo con el índice.

Sus dientes bruñidos me escaman por su perfección, no parece venido de este mundo y sin embargo deseo que en él permanezca. Malditamente contradictorio.

—Entonces, dime —prosigue, la voz ahora menos honda y atemorizante —, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé... mi vida se cae a pedazos... la iglesia, mi hermana...

—Abandona tu vida pues, de todos modos no suena realmente como si

fuese tuya.

—No puedo abandonarla, la fe-

—La fe no te da de comer, solo hace que creas que si tienes hambre es por algo más que tu ingenuidad. Padre, usted me dijo que no solo de pan vive el hombre, pero ¿Vive acaso solo de fe?

Su mano se desvanece entre las hebras castañas y aunque su pregunta me ha suscitado un millón más de ellas no le detengo mientras escucho sus pasos alejarse.

Esta vez se ha ido a mitad de trabajo, aunque siento que no pretende dejarlo inacabado, ahora soy yo quien tiene que concluir. Y, al parecer, él tiene fe en que yo escogeré el camino que desea.

Y ¿Sabes qué? Que incluso él tiene más solidez en su banal acierto que yo en lo que creí que eran las bases de mi vida.

¿Qué sucede si sus palabras eran más que eso? ¿Si por cada puñalada que recibía mi ideología, el crimen era que esta siguiera viva? ¿Si aún con la idea de un Dios omnipotente es lícito voltear el rostro porque él jamás posará sus ojos en ti, sin importar cuán fuerte grites por su mirada?

No puedo creerlo, no puedo creer más. Toda mi vida esperando por un paraíso de abundancia y ahora lo único que me queda como compañía y consuelo es a mí mismo, abrazando mis costillas marcadas frente a un pedazo de piedra que juzgué como algo que jamás fue.

Toda mi vida, luchando por nadie; esperando por nada.

—¡Señor, oh señor! —grito horrorizado al levantarme del suelo y mirar la estatua de Jesús. Vislumbro por primera vez el verdadero rostro del señor: fría piedra y el resto son solo interpretaciones mías; mi fe no es más que necesidad de ella.

—¡Cómo has podido! ¡Cómo! ¡Si tan solo no fueras sordo para nosotros! ¡Y aun así nos haces chillar, creas plegarias que no oirás! ¡Eres... eres... eres el que eres, un pedazo de piedra y lo que nosotros queramos tallar en él! ¡Señor, oh señor!

Vocifero exasperado mientras caigo el suelo, las rodillas me tiemblan por la descarga de pensamientos que atraviesan mi carne desde el cerebro y débiles golpean contra la aspereza del mundo bajo mis pies, el mundo en el que vivo, quizá no el único real, pero sí el único que conoceré.

Entierro las uñas en mi cabeza y tiro de mis cabellos, pero es tarde y las ideas recorren mis hemisferios a placer. Sombras oscuras de una verdad

sin lengua evocan imágenes de la verdad por doquier y siento el cerebro, ya no anestesiado por un opio ascético, sino tan consciente del mundo, que palpita y duele.

Mi garganta deja escapar el sufrimiento con fuertes golpes de voz. No hay palabras, no son suficiente y nunca lo serán. Este engaño no tiene nombre.

Después respiro hondo y trato de calmarme, acostumbrándome a mi nueva lucidez mental. Me yergo desde el suelo y hecho una última mirada a Jesús en la cruz; entre él y yo hay ahora solo aire, polvo y mi iris irritado, he llorado todas mis ensoñaciones.

—Si no estás conmigo en mis momentos difíciles, lidiaré solo con ellos. Señor, mi fe es inmensa, pero tengo más ganas de vivir que se creer ahora mismo.

Por primera vez los pasos que resuenan por la iglesia, indicando una marcha larga y quizá eterna, son los míos. Y suenan demasiado bien.

10

Acaricio sus cabellos rubios, horrorizándome por su tacto estropajoso. Unas lágrimas abandonan mi mejilla y caen en la suya sin que su cuerpo muestre reacción alguna.

Tendida en la cama, con la piel desvaída y el rostro tan plácido que parece muerto, los huesos siendo apenas bultos bajo la manta blanca y el cuerpo entero sustentado por cables y tentáculos de plástico; rota, mantenida con vida por máquinas sin más carga que la de sus circuitos; destinada a acabar en otro mundo, pero atada injustamente al de los vivos, siendo un mártir y una carga a su vez.

Así se ve mi hermana en el hospital, habiendo envejecido sin siquiera saberlo ¿Quién está realmente viviendo su vida?

Su cuerpo parece de papel y hueso, pero puedo asegurar que sobre mis hombros ella pesa mucho y me hunde cada vez más y más. Sus miserias son las mías y mientras ella recibe la vida por vía intravenosa, a mí me la arrebatada con solo existir.

Puedo hacerlo, hacer de verdad algo por mí. Pensar en mí y solo en mí.

Ser egoísta; tan poco como necesito y tanto como para arrepentirme unos instantes.

Puedo acabar con dos tormentos. Darle muerte a quien desea descansar y

vida a quien apenas le queda un aliento.

Cierro los ojos, aprieto el cable negro en mis manos; casi sintiendo como fluye por él la energía suficiente para mantener una máquina y una vida. Tiro de él y cuando vuelvo a abrir los ojos la clavija está en el suelo. Se me corta la respiración.

Aún estoy a tiempo de unirla con el tomacorriente de nuevo, lo estoy realmente; pero mi cuerpo ha tomado una decisión y permanece inmóvil.

Me volteo con violencia, el tiempo parece haberse detenido en nuestra pequeña burbuja, pero desde una esquina ominosamente oscura emergen unas manos pálidas que hacen chocar sus huesos, aplaudiendo. Me pregunto ¿Acaso la vida y la muerte son un espectáculo para alguien o es que sin embargo no puede ser más que eso?

—¿Quién eres?! ¿Cómo has entrado?! —vocifero lleno de terror. La puerta sigue perfectamente encajada como yo la dejé, incluso puedo distinguir la leve mancha de sudor que mis manos dejaron en el pomo.

La ventana está abierta, pero frente a mí y por ella solo puede colarse silenciosamente la noche y la brisa; e incluso esta segunda me es evidente cuando entra reptando hacia el dormitorio.

De todos modos, la puerta está a mi espalda, sí, pero en el abúlico silencio de las clínicas cualquier sonido es fácil de advertir. Por favor, incluso escucho el repiqueteo de un grifo mal cerrado en los baños de enfrente. No ha podido entrar ahí, no mientras yo estaba aquí.

—Sal de ahí. —ordeno, aunque sé que mi voz débil se quiebra apenas al salir, resultando de ella una especie de súplica emborronada por los nervios. —¡Sal!

Me asusto de la estridencia de mi voz, sin embargo, ese sujeto no parece perturbado en menor modo. Solo se queda impasible, reposando en la oscuridad con sus manos blancas como guantes asomando.

Lo miro fijamente sin lograr distinguir nada más que una vertiginosa negrura y realmente llego a pensar que las falanges flotan en el aire y que, en las muñecas, ese cuerpo extraño comienza, acabando así en las puntas de los dedos.

Sé que sea quien sea no está ahí para delatarme, alarmado por la gravedad de mis actos, de lo contrario ¿Por qué disfrutaría de ellos?, pero, aunque eso me da cierta calma esta se agota cuando surge una nueva pregunta: Entonces ¿Por qué está ahí?

-Vaya, estoy acostumbrado a que me trates con más delicadeza- dice una voz socarrona entre las sombras.

Después su rostro flota desde ellas, como si saliera de aguas negras, pero no necesito ver las facciones andróginas o la constelación de pecas en esa piel lechosa para saber que es Lucian. Solo su voz puede, con palabras aviesas, darme paz y empezar una guerra dentro de mí al mismo tiempo.

—¿Cómo... cómo...

Ni siquiera puedo acabar la pregunta porque francamente son muchas y todas ellas o no tiene respuesta o el hecho de que puedan tenerla me resulta más inquietante aún. Él no puede haber averiguado dónde estaba mi hermana y, aun así, tampoco tendría modo alguno para entrar. La puerta se abre con una tarjeta que poseen los médicos o los parientes cercanos, como yo.

Aunque me figure que, de algún modo, ha logrado entrar ¿Por qué hoy y ahora? ¿Acaso él puede saber algo que solo está en mi cabeza? Algo de lo que hasta yo mismo he dudado mientras lo hacía... No puede ser.

Siempre me ha parecido demasiado bello para este mundo y demasiado misterioso para la banalidad humana, sin embargo, no puedo creer que sea algo más que eso.

Me mira con su rostro aún bañado por luces débiles y sombras que desean hacerlo retornar a la oscuridad y sonrío de golpe; no me da tiempo a preguntarme el porqué: el encefalograma el lineal y detrás mío un pitido homogéneo se escucha anunciar lo que yo ya sabía que debía suceder.

—Impresionante. Esta vez has incumplido una de esas diez tonterías sin mi ayuda ¡Estoy orgulloso! —en la quietud del sonido plano a mi espalda, él levanta una ola de horror con su carcajada.

Ya no me parece jovial y hermosa, solo causa espanto ¿Qué se ríe exactamente y de qué?

—Eres... eres el diablo ¿verdad? —pregunto llevando mi mano al cuello. Me invade un profundo mareo al no encontrar más que piel y tela en él, entonces recuerdo que esta mañana me deshice de mi rosario.

—Ah... —suspira con decepción, entonces su rostro parece profundamente taciturno y me mira de nuevo, con regaño —Pensaba que ya habías dejado esas tonterías.

Lo miro expectante. No sé qué pensar o que hacer, mi cuerpo entero

tiembla con su presencia y no me siento capaz de moverme.

En esa sala el cadáver de mi hermana es lo menos horrible que hay...

Se acerca a mí con paso lento y levanta un dedo huesudo en el aire, dirigiéndolo con lentitud escabrosa hacia mí. Tengo miedo, miedo de arder cuando me toque, se estallar en pedazos, de sangrar hasta dejar de existir. Tengo tanto miedo de él.

—Yo no vengo del infierno, amigo. Yo siempre estuve... —lo acerca más, cierro mis ojos, aterrado al pensar en la idea de su falange transformándose en garra o de la uña rasguñando la piel —... justo aquí.

Abro los ojos por la falta de estímulo ¿Está pasando algo?

Doy un repulso por la sorpresa de ver su dedo tocando mi frente, está posado junto entre ceja y ceja, pero cuando la brisa entra esta lame mi piel por completo, incluso donde se supone que la piel de ese demonio está posada.

No siento nada, absolutamente nada. Miro sus ojos y cada vez me parecen más desconocidos, como si su verde cambiara de tono cada vez que lo veo y sus facciones se redibujara con cada encuentro; quizá hasta sus pecas cambian de sitio y yo no me he dado cuenta hasta ahora.

Cierro los ojos y trato de pensar en el rostro de mi perseguidor: No puedo, lo tengo frente a mí pero no quiero abrir los ojos; en mi mente su cara está difusa y no logro reconstruirla.

Es como si nunca le hubiera visto.

Solo me queda salir corriendo, lo más rápido que puedo; tengo que alejarme de todo, dejar atrás esto tormentos. Y si él tiene razón, se vendrá conmigo.

FIN

Recuerdo que si alguien quiere apoyarme este libro está a la venta en ebook (no necesitas un dispositivo ebook para leerlo, solo la app gratiuta Kindle) y en físico en amazon.com y en lulu.com a mitad de precio (el ebook). Me ayuda mucho que compréis mis obras ya que es la única forma que tengo de remunerar mi trabajo, así que gracias si la compráis <3

Compartid mi perfil e historias a personas que creéis que les pueda gustar

y seguidme aquí, en wamppad (Diother\_Lu) y en twitter (DiotherL)

LINKS DE COMPRA:

[https://www.amazon.com/Las-diez-mentiras-Spanish-Diother-ebook/dp/B07G5FP6J4/ref=sr\\_1\\_1?ie=UTF8&qid=1539101787&sr=8-1&keywords=diother+lu+las+diez+mentiras](https://www.amazon.com/Las-diez-mentiras-Spanish-Diother-ebook/dp/B07G5FP6J4/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1539101787&sr=8-1&keywords=diother+lu+las+diez+mentiras)

<http://www.lulu.com/shop/diother-lu/las-diez-mentiras/ebook/product-23812429.html>

(EN PROCESO)